

# ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

---

---

AÑO III — TOMO VII

MONTEVIDEO, OCTUBRE 5 DE 1884

NÚMERO 38

---

---

## La tertulia anual del Ateneo

### I

La fiesta conmemorativa de la fundacion del Ateneo ha revestido en este año circunstancias especiales, que la harán recordar por largo tiempo como uno de sus éxitos más positivos y brillantes.

Respecto de su parte literaria podria, en rigor, excusarse la molestia de esta crónica, ventajosamente suplida por la publicacion que hacemos del programa y de las diversas composiciones en prosa y verso á que él se refiere. — Pero, seria injusto dejar reducida á la sequedad de una descarnada nomenclatura la vibracion de aquellas armonías cuyos acordes arrullan aún nuestro oido, habiendo mantenido los espíritus en la disposicion del entusiasmo durante las horas de tan hermosa velada. — Y, además, fuera de lo que la crítica puede consignar acerca del verbo mismo que traduce el pensamiento, acerca de la letra del discurso y de la poesía que se colocan al alcance del lector y que puede éste apreciar por sí propio, existe un elemento del suceso literario que no se ha puesto ni se descubre en la prosa ni en el verso escritos, que los es extrínseco, y que, sin embargo, ha vivido y ha fluctuado, comunicándose en eléctricas corrientes de simpatía entre el auditorio y el poeta y el orador y el músico, llenando el espacio con el calor y con el estrépito, de la belleza difundida en raudales de elocuencia y de armonía, y de los unánimes aplausos con que estalla el encanto de la mente y los sentidos.

Así, es necesario al lado del programa, y del texto de las composiciones literarias, el relato del acontecimiento á que sirvieron de objeto, — á fin de que los ANALES contengan hasta donde nos es posible dárselo, todo lo que constituyó la fiesta del aniversario del Ateneo, incluso los accidentes fugaces que no se anuncian, que no se materializan, que no se palpan, que no tienen propia persisten-

cia, pero que fueron parte de la vida, de la accion, del movimiento, en el suceso cuyo recuerdo queremos conservar.

## II

Separemos de la imaginacion las reflexiones que sugiere el hecho de que todavía esté obligado el Ateneo á recurrir á la casa agena para sus grandes solemnidades. — Es una notable deficiencia; pero afortunadamente podemos lisonjearnos con la idea que no subsistirá por largo tiempo. Acaso no terminará el presente año sin que quede colocada la piedra fundamental del edificio proyectado, y tal vez el próximo aniversario hallará ya pronto el gran salon de las sesiones públicas.

El teatro San Felipe con su moderno y elegante decorado requiere leves esfuerzos para satisfacer las exigencias de una noche de gala. — Se diría que espera constantemente la fiesta y la selecta concurrencia que deben bullir en su seno, bajo el brillo de sus luces y los reflejos de sus artísticos adornos.

A la actividad, á la disposicion y al delicado gusto de uno de los más laboriosos miembros de la Junta Directiva (don Federico Balparda, que, así como su más idóneo compañero de trabajos don José Vicente Villalba, ha recibido antes de ahora el honor de un voto de gracias acordado por aquella), se debió el complemento del ornato que la festividad del Ateneo reclamaba; — y San Felipe se ostentó digno de su objeto en aquella noche inolvidable.

Era hermoso el espectáculo!

Sentíase levantado el espíritu en aquella atmósfera de cordialidad, de belleza y de armonía, de luz y de colores, de civilidad y de elegancia, tomándose desde el vestíbulo la temperatura de las plantas tropicales que lo adornaban, y creciendo en el alma la impresion halagüeña de los sentidos al descubrir aquellas hileras de palcos animados por la hermosura de las damas y las galas de sus vistosos trajes, — aquella platea cubierta de distinguida concurrencia, principalmente compuesta de otras damas que habrian podido embellecer tantas otras hileras de palcos en más espacioso teatro, — aquellas gentes apiñadas en la cazuela y en el paraiso que se desbordaban, rechazándose unas á otras hácia los corredores, — y despues aquel proscenio, punto céntrico de todas las miradas, con su rojo alfombrado reverberante de suaves reflejos, conteniendo hácia un lado el preciado grupo de los profesores que componen la orquesta de *La Lira*, hácia el otro la Junta Directiva y los poetas y los

oradores de la *soirée* acompañados por otros ilustrados literatos en disponibilidad, y hácia el fondo, coronando todo esto, los resplandores del escudo nacional alzado sobre simbólica columna.

¿ Cabe la tranquila y minuciosa observacion, el estudio de los detalles, indispensables para describir un cuadro de este género?

Si no estuviéramos desprovistos de todo, — de génio y de pincel, y de paleta, — esplicariamos nuestra dificultad con el fenómeno psicológico de la mente que se absorbe en el conjunto de las grandes escenas y que se niega al análisis de sus circunstancias, recibiendo así impresiones que será siempre incapaz de reproducir cumplidamente.

Consignemos tan sólo, por lo que á la eleccion de los adornos se refiere, que su elegancia residía ante todo en su sencillez inteligentemente dirigida. — Ninguna exajeracion, ninguna cargazon, ninguna vulgaridad.

## III

Era justo que aquella fiesta del más importante centro de las letras nacionales empezase con la palpitation de los más altos sentimientos, — y el himno de la patria que tantas veces promueve el dolor ó el sonrojo en las épocas de degeneracion moral, cuando se lo prostituye en halago de los tiranos, fué escuchado en medio de un silencio religioso de veneracion, puesta de pié la concurrencia, en aquel acto que reflejaba honor sobre el nombre de la República, cuyo escudo resplandecía en el centro del proscenio; hasta que, al final, las emociones del auditorio rompieron en el ruidoso aplauso merecido por la brillante ejecucion que auguraba el resultado de la parte musical de la velada.

El Vice-Presidente del Ateneo doctor Perez Martinez pronunció enseguida, con firme y adecuada entonacion, su interesante discurso de apertura, comprobando en más ámplio teatro las dotes de orador, de literato y de pensador, reveladas antes en su importante trabajo sobre la cuestion de nuestros límites con el Brasil, y en su conferencia inaugural de la cátedra de Historia Nacional.

Las palabras del doctor Perez Martinez relativas á la mision de la mujer en los progresos del arte, encierran una observacion que no debe pasar desapercibida.

No basta ya que el bello sexo acuda á hermosear con su presencia estos torneos del pensamiento y de la cultura social. — Ha llegado la época de que tome su puesto en la labor enaltecedora,

conquistando para su frente el laurel griego de Myrtis y de Corina, ó las diademas del Capitolio discernidas á la heroína de la *Italia* de Mme. Staël. — ¿Falta algo para realizarlo? — No podrá repetirse la frase del doctor Perez Martinez: *¡su sitio está vacío!* desde que la conciencia del propio valer se haya sobrepuesto á las vanas preocupaciones y las facultades de damas tan inteligentes como la señorita Castel se ensayen en algunas de las veladas familiares del Ateneo, dando á nuestra tribuna el brillo que el *Club Progreso* de Mercedes ha recibido del talento de la señorita Diaz Ferreira.

Los salones históricos á que el doctor Perez Martinez ha hecho sus oportunas referencias, no son precisamente el modelo obligado á que ha de ajustarse en nuestro tiempo la influencia de la mujer en la vida del arte y del pensamiento. Su accion en el estado actual de nuestra sociedad republicana debe asumir, además, otras formas, cuya aparicion será saludada como una de las más elevadas manifestaciones del progreso, honor y ley de la humanidad.

## IV

Los caballeros que componen la orquesta de la Sociedad *La Lira* se han hecho acreedores á la consideracion del Ateneo, que ya en anteriores ocasiones habia tenido motivo de apreciar su benévola cortesía.

Ellos forman el grupo más distinguido de la filarmónica de este país, y su galante concurso en la tertulia que nos ocupa, debe contarse entre las más importantes circunstancias del éxito obtenido.

Ni la eleccion, ni la ejecucion de las piezas pudieron ser más felices y brillantes.

Parécenos ver y sentir aún aquella orquesta y aquellas armonías, bajo cuyo influjo tantas dulces emociones pasaron por nuestro espíritu; porque, fuera de la poesía, y al lado de la poesía misma, nada hay que eleve tanto el alma, nada hay que la transporte á tan puras esferas, nada hay que la separe tanto del barro de la tierra y que tanto la acerque á los ideales de la belleza eterna, en cuyos efluvios quisiera inundarse, como la música — como la música, elemento congénito de toda cultura y de todo arte, inspiradora de la civilizacion en los pueblos primitivos, y resúmen de las más altas inspiraciones de la humanidad civilizada, ala de oro en todos los vuelos del sentimiento del hombre, — nota divina del amor en el *spi-*

*ritu gentil*, — excelstitud del misticismo en el *Stabat Mater*, — y en la Marsellesa, arranque supremo del patriotismo y el valor, que pactan con la muerte lo que no se pueda imponer á la victoria.

.....

Pero, ¿cómo diríamos nosotros, míseros profanos, lo que fué aquella parte musical desempeñada por los profesores de *La Lira*, bajo la irreprochable guía de su reputado director el señor Formentini? — ¿Qué sabríamos decir que correspondiese, siquiera de lejos, á la ejecucion de las *Fanciulle delle Asturie*, del *Pizzicato* de Leo Delibes, ni de la magistral sinfonía de *Fra Diavolo*?

Golpeamos una con otra nuestras manos, repitiendo una vez más los frecuentes y nutridos aplausos de la concurrencia; — y, ya que los demás estimables profesores de *La Lira* y su inteligente director el señor Formentini nos lo permiten, haremos especial menciona de nuestro jóven y notable compatriota el señor Massera, cuyo *solo* de violin, tan brillantemente acompañado por la orquesta, bastaría á justificar la envidiable opinion que tiene conquistada entre los *dilettanti* de Montevideo.

La Junta Directiva del Ateneo ha llenado un deber de justicia y de merecido reconocimiento acordando á cada uno de tan dignos cooperadores un diploma de honor, por su valiosa y galante participacion en la tertulia literaria.

## V

No era noche de prosa aquella noche; lo que no impidió que, además del bello discurso de apertura, tomase su parte la elocuencia en las notables disertaciones del señor Carlos Garet y del doctor Martin Martinez.

Saldría de nuestro intento actual el juicio de las opiniones sustentadas por uno ú otro de los oradores; pero es incontestable la importancia de los temas elegidos, la sagacidad de las observaciones, la lucidez y el talento del estilo y de la disposicion de ambos trabajos.

¿Recibieron tantos aplausos como merecían? — Lamentamos no poder responder afirmativamente, aun cuando no siempre haya obtenido la prosa manifestaciones más lisonjeras del interés y la simpatía del auditorio en actos de esta naturaleza.

Fué la poesía la que llevó las primeras palmas de la jornada.

El doctor De-María es un veterano de nuestros torneos literarios, — con su fama sólidamente afirmada en honrosos antecedentes. — Su composición, que no vacilamos en calificar de magnífica, fué constantemente acompañada con los nutridos aplausos de la concurrencia. El resultado correspondió así á las previsiones de los que tuvimos el privilegio de conocerla antes de su pública lectura.

Podríamos decir lo mismo á propósito de las estrofas del doctor Melian Lafinur, no menos sobresalientes, ricas de lirismo y sentimiento; estrofas en las cuales nos atreveríamos á opinar que el inspirado poeta se ha excedido á sí mismo, lo que no es leve esfuerzo en el cantor de las *Glorias del pasado* y en el galano escritor de *Las mujeres de Shakespeare*. — Pero su digno lector habria necesitado tal vez conocer con mayor anterioridad el canto del doctor Melian, porque no es posible servir cumplidamente al pensamiento del poeta en una primera ó segunda lectura de su obra.

Y, sin embargo, el lector era digno, — porque se trata de un jóven que ha sabido erguirse de pronto en la cumbre del Parnaso, como si á él hubiese sido trasladado de alguna otra cumbre por las alas de invisible génio, puesto que nadie le ha visto en la fatigosa ascension de la ladera.

Oh! no le digamos que es *el niño sublime*, cuyo destino con la salutación de Chateaubriand y el incienso pernicioso de la alabanza, podría no realizarse dos veces, llegando á la madurez y pasando á la senectud resplandeciente de Víctor Hugo. — ¿Cabe la repetición de tal fenómeno con semejantes analogías en el intervalo de un siglo?

Oh! no le digamos su fuerza y su porvenir — no sea que irritemos á los hados bajo cuyos auspicios debe conquistar el uno con la otra!

Sepa solamente el jóven Blixen que los triunfos de la adolescencia nada valen si no se toman como el estímulo para la fecundidad de la vida, — y que las dotes excepcionales del talento y de la inspiración son también un sagrado compromiso de estudio y de labor cuyos ópimos frutos deben justificar el privilegio recibido de la naturaleza.

Tal debe ser á sus ojos, y en el interés de las letras de su patria, el significado de esa lluvia de aplausos con que ha sido saludado en el Ateneo despues de su primera iniciación en la Sociedad Universitaria.

## VI

Ni don Jacinto Albistur estaba en el programa, — ni hablaba nada el programa de una poesía de don Daniel Muñoz; pero, para que don Daniel Muñoz rematara sus habituales travesuras, era necesario que, como Hermann trueca un pañuelo en una naranja, convirtiera él *sur le champ*, en el momento decisivo, y á la faz de los espectadores, el anunciado discurso en imprevisto soneto, asegurándose así la admiración del auditorio que, en todo caso, si no aplaudiese al orador, ni al poeta, habria debido aclamar al presidi-jitador. — Y en cuanto al cantor de *Los inválidos* y *Las crisis crónicas*, puesto que los chascos habian de estar á la orden de... *la noche*, era inevitable que el chasco lo sufriese el programa que no se habia favorecido con su nombre, dado que es imposible que la concurrencia á una velada del Ateneo quede chasqueada hasta el punto de no ver en la tribuna al señor Albistur, figure ó no figure de antemano su nombre en los anuncios. — Porque no es el menor de los títulos á la consideración que en esta sociedad goza nuestro ilustrado amigo el de su infalible concurso en los actos de aquel carácter, — y puede creerse que hay error de imprenta en el programa, pero nó resolución del literato á negar su contingente, — de modo que la concurrencia le esperaría hasta despues de terminada la fiesta con la misma obstinación con que el tren de la calle 25 de Mayo se empeñaría en no hacer el viaje de las once de la noche sin que él haya tomado su puesto en el wagon, á menos de expresa é intergiversable advertencia en contrario sentido. Ha debido convencerse de todo esto el señor Albistur, porque en aquellos especiales aplausos nutridísimos con que fué recibido y agasajado hasta el fin de su perfecta recitación del *Facundo*, se descubría, por sobre la impresión de sus festivas estrofas, esa especie de alegría nerviosa con que concluyen la indecisión y el sobresalto al reaparecer un bien ó un placer cuya pérdida se ha temido.

Y despues, ¿cómo podía faltar el viejo diplomático á esta tertulia, que en la historia de las del Ateneo se llamaría con propiedad, la tertulia de los diplomáticos?

## VII

Era ésto precisamente la novedad, la *great attraction* de la velada.

El doctor Samper, Ministro Plenipotenciario de Colombia; el señor de Alencar, Ministro Plenipotenciario del Brasil; don Manuel del Palacio, Ministro Plenipotenciario de España, concurrían cortesmente á la fiesta del Ateneo; y hemos debido dejar su parte para el último en esta crónica, por la ya establecida regla de que la carta se escribe en la *postdata*, como al postro del banquete corresponden el néctar y el manjar más delicado.

El nombre de don Manuel del Palacio es de antigua data conocido por nuestro público inteligente, como el de uno de los primeros poetas de su país, — siendo difícil que en la concurrencia de la tertulia del Ateneo hubiese persona que no sepa de memoria alguno de sus festivos sonetos. El señor del Palacio no desmintió su fama de excelente lector al pronunciar las composiciones que había dedicado á la velada, y varias otras que recitó á instancias del auditorio, cuyos aplausos le fueron abundantemente tributados.

*La virgen de los últimos amores* (que sin duda no es inspiración del último. . . ni del primer amor del poeta), está vaciada en el molde artístico que distingue las producciones de la musa griega del señor Alencar. — Pero no sólo se trató del mérito intrínseco de la composición, sino de la general estimación de que goza el simpático diplomata Brasileiro, en la insistencia con que fué llamado á la escena y obligado á tomar su parte legítima en los triunfos de aquella noche.

No es necesario hallarse al corriente del movimiento literario de Colombia para tener idea de la importancia del doctor don José M. Samper como escritor, como orador, como historiador y como poeta. — Bastan para ello las breves líneas que á su personalidad dedica el Dr. Miguel Canó y que fueron últimamente reproducidas en un editorial de *La Razon*.

Un éco tan vibrante de la literatura colombiana como el que traía el Dr. Samper á la velada literaria, no podía dejar de ser recibido con la ovación que se le hizo al terminar la animada lectura de sus versos, — y que, justo es decirlo, fué el momento de mayor entusiasmo en la fiesta.

Estamos lejos del Magdalena los hijos del Rio de la Plata, apartados unos de otros los pueblos de aquella América Española que Bolívar deseaba unida en sus generosos ensueños de un congreso continental en Panamá. — Un ilustre representante de las letras de Nueva Granada declamando sus poesías en el Ateneo del Uruguay, evocaba las ideas de aquella unidad de una familia política hermanada por el origen y el idioma, que llevaba á los juegos pitios los poetas de los diferentes pueblos Helenos, para que el soberbio cantor de Tebas recibiese de manos de la Grecia entera la corona de laurel, en la llanura de Cirra, delante de Delfos y del templo de Apolo.

Pero la ilusión podía espaciarse en más amplios horizontes, imaginando no sólo la patria común de las secciones Hispano-Americanas, sino la fraternidad de la raza ibera, en el torneo en que figuraban, por España justadores como don Manuel del Palacio y don Jacinto Albistur, y don Leonel de Alencar, el doctor Samper y los literatos Orientales, por la América latina.

Hemos, pues, atribuido con razón á esta tertulia del Ateneo, circunstancias especiales que la harán remarcable en las fiestas de su género.

## VIII

¿Sería en esta República Uruguaya inconcebible la situación de una sociedad absolutamente extraña á los poderes que la gobernasen, sin vínculos de derecho, de afecto, de adhesión, y, por consiguiente, de representación legítima, con la entidad que ejerciese oficialmente su personería en el trato con las demás naciones?

Importaría esto, indudablemente, una chocante anomalía, — y parecería imposible el medio de que ella cultivase las relaciones de mútua cordialidad con los demás pueblos, obligados á tomar como órgano representativo de cada nación el del poder que rije sus destinos.

Y, sin embargo, en tan aciaga calamidad, en eventualidad tan extravagante, la sociedad que poseyese instituciones como el Ateneo, con fiestas como sus tertulias literarias, tendría siempre el medio de hacer también sus recepciones de agasajo á los ilustres huéspedes que, con credenciales ó sin ellas, por su posición pública ó por sus dotes personales, debiesen tomarse como representantes de los pueblos de que provienen.

Así se manifestaría con la elocuencia de solennes hechos, el sentir íntimo cuya expresión no hubiese pertenecido al poder dominante divorciado de la opinión pública, y por consiguiente sin títulos válidos para interpretarla, aun cuando en efecto á ella se ajustase por las exigencias del interés político y de las formas establecidas.

En todos los casos, y aún suponiendo los más perfectos vínculos entre la sociedad y el Gobierno, serán siempre plausibles, y en alto grado benéficas, estas mútuas demostraciones de consideración y de afecto entre los distinguidos huéspedes que prestan el concurso de sus talentos, y las grandes instituciones locales que los solicitan y cumplimentan en su seno, estableciendo ó confirmando una fraternidad moral, inmensamente superior á las amistades que se pactan ó se protestan en las fórmulas frías y gastadas de la diplomacia oficial.

## IX

Oímos decir que no faltan notables familias de Montevideo que lamenten la libertad de pensamiento que en nuestras tertulias literarias despliegan los oradores y los poetas; — y que debieran restringirse los temas para que los escrupulosos oídos de las damas católicas no fuesen molestados por una máxima luterana, por una proposición racionalista ó por una hipótesis del moderno positivismo.

El doctor Martínez sosteniendo que la inmoralidad no puede cohonestarse con la autoridad de la filosofía evolucionista, pérfidamente invocada por sus falsos ó verdaderos adeptos, — el doctor De-María levantando los fueros de la razón humana por encima del poder de los Pontífices, y la soberanía de la Italia por arriba de la soberanía temporal de la Iglesia, — sugieren sobresaltos de conciencia que sería necesario eliminar para la tranquilidad de un auditorio en que figuran honrosamente, y en que son vivamente deseados, tantos hermosos elementos del catolicismo uruguayo.

¿Existen verdaderamente estos lamentables inconvenientes?

Los hemos visto calorosamente denunciados por el diario clerical de Montevideo; pero no podemos convencernos de que tales sugestiones de un fanatismo apasionado ejerzan influjo sensible y poderoso en país tan adelantado como el nuestro.

Dando erróneamente exagerado alcance á la inmotivada prédica

de aquel diario, se llegó á temer en el Ateneo que hubiese católicos inteligentes é ilustrados capaces de ser extraviados por ella.

El doctor Samper había sido invitado á tomar parte en la velada, y el doctor De-María se creyó en el caso de consultar al Presidente de la Junta Directiva el temperamento que debía tomar por su parte, dadas las ideas de su brillante composición. — Pareció lo más discreto y caballeresco poner al ilustre y católico diplomático de Colombia en pleno conocimiento de la dificultad.

Y bien! la dificultad no existía. — El doctor Samper con su notoria elevación de carácter, no podía hacerse solidario de las estrechas mojigaterías que son inconciliables con una mediana cultura de espíritu. — Resistiendo la explicación previa que le parecía innecesaria, fué, sin embargo, obligado á escuchar la lectura de las bellas estrofas, para que nadie pudiese explotar el incidente como la ejecución de una sorpresa. — Y no fué esto para que tuviese la libertad de abstenerse de cooperar al acto, sino para que diese al Ateneo y al doctor De-María la ocasión de proceder caballerescamente omitiendo en público y en su honor, las estrofas que lastimasen sus sentimientos de católico, hasta el punto de serlo intolerables en su calidad de literato y de hombre culto, que era la calidad que debía llevar á la velada.

El eminente católico colombiano, cuya ciencia y cuya conciencia estamos seguros de que nada tienen que envidiar á la ciencia y la conciencia de los corifeos del clericalismo uruguayo, entendía como nosotros que una institución científica y literaria debe ser un terreno neutral donde quepan todas las manifestaciones legítimas y nobles del pensamiento y del sentimiento, sin que sea lícito ni de buen tono interpretar como agravio la divergencia de opiniones ó ideales, y sin que puedan exigirse otras condiciones que aquellas que son elementales de la urbanidad y de la recíproca consideración entre las gentes cultas.

Deploraríamos saber que estas correctas ideas del notable publicista y católico colombiano, que es á la vez un modelo de *gentleman*, hubiesen dejado de ser moneda corriente en alguna parte, por pequeña que ella fuese, de nuestra alta sociedad, tan justamente proverbial y atrayente por la elevación y cortesanía de sus hábitos.

¿De qué país habría recibido esa parte de nuestra buena sociedad una reforma retrógrada, cuya teoría no tiene raíces ni elementos que en ella misma la hiciesen nacer espontáneamente?...

Pero no podemos creer que la civilidad uruguayana sea seriamente

te empujada á esa pérdida de sus antiguos caractéres de altura, de cordialidad y de buen tono, — porque esto sería juzgarla con inmerecido disfavor, suponiendo que aquellas condiciones hubiesen sido puramente superficiales, de tan deplorable superficialidad, que bastase á hacerla desaparecer el ronco grito del primer descontento y malhumorado reformista empeñado en reemplazar la luz con las tinieblas, y la sociabilidad amistosa y benevolente con el huraño y anti-pático aislamiento de la intolerancia.

¿Nos veríamos obligados á solicitar de Colombia el envío de diez ó doce católicos tan eminentes y corteses como el doctor Samper para que destruyesen en alguna interesante porción de nuestra sociedad los efectos de la autorizada opinion de los *gentlemen* que con la batuta del clericalismo ejercen su influjo en Montevideo?

Pero nó, no creemos necesario tal recurso en tanto que veamos tertulias literarias como la del 11 de Setiembre; — en tanto que veamos á toda la *high-life*, y á los mismos corifeos del clericalismo, presentes en la fiesta anual de los grados Universitarios, donde no hay oídos que se escandalicen oyendo las más radicales y contradictorias proposiciones, en que se aclama la Diosa Razon por un lado, y se convierte en Dios, en infalible, al Papa por el otro!

. . . . .

Juzgado por el movimiento social, literario y artístico, reflejado en actos como el de la velada que nos ocupa, nuestro país puede encontrarse satisfecho en la comparacion de su adelanto con el de los pueblos más progresistas de Sud-América.

Es, pues, con un legítimo sentimiento de amor patrio que hemos escrito estas líneas destinadas á marcar su recuerdo en las páginas de los ANALES; y que nos lisonjamos con la fundada esperanza de que el próximo aniversario tenga su celebracion en fiesta más solemne aún, en el gran salon del edificio proyectado, en la casa propia del Ateneo, — desplegándose las galas de la oratoria, y las armonías del verso y de la música, cuyos encantos se realzan con la presencia y los aplausos de una sociedad ilustrada y distinguida, bajo el techo que sostendrá el observatorio astronómico que aproxima á la tierra las maravillas del firmamento, completanlo con el auxilio de la ciencia, que es la atraccion de toda luz, la aspiracion de la literatura y del arte que se ilumina en los resplandores de la belleza eterna, arrobamiento de la humanidad, y alma y ritmo del universo!

## ATENEO DEL URUGUAY

### TERTULIA LITERARIO - MUSICAL

CONMEMORATIVA DEL 7.º ANIVERSARIO DE SU FUNDACION

#### PROGRAMA

##### PRIMERA PARTE

- 1.º *Himno Nacional*, por la Orquesta.
- 2.º *Discurso de apertura*, por el Vice-Presidente del Ateneo, doctor don Ruperto Perez Martinez.
- 3.º Sinfonia, *Fanciulla delle Asturie*, por la Orquesta.
- 4.º *Las dos primaveras* (poesia), por el bachiller don Samuel Blixen.
- 5.º *Sexteto*, del compositor oriental don Leon Ribeiro.
- 6.º *El entresuelo y la boardilla* (poesia), por el señor don Manuel del Palacio.
- 7.º *Reminiscencias* (poesia), por el doctor don Luis Melian Lafinur.
- 8.º *Poesia*, por el doctor don Pablo De-Maria.
- 9.º *El ideal*, discurso, por el doctor don Martin C. Martinez.

##### SEGUNDA PARTE

- 1.º Sinfonia, *Fra Diavolo*, por la Orquesta.
- 2.º *Artigas*, discurso, por el señor don Carlos Garet.
- 3.º *Mis cuatro edades* (romance inédito), por el doctor don José María Samper.
- 4.º *Poesia*, por el señor don Leonel de Alencar.
- 5.º *El canto del cisne*, discurso, por el señor don Daniel Muñoz.
- 6.º *Poesia*, por el señor don Guillermo Rodriguez.
- 7.º *Massenet*, Sevillana, por la Orquesta.
- 8.º *Fantasia-Ballet*, C. de Beriol, por el aficionado don José P. Massera, con acompañamiento de Orquesta.
- 9.º *En la escuela* (Idilio casero), poesia por el señor don Manuel del Palacio.
- 10.º *Leo Delibes*, *Pizzicato*, por la Orquesta.

## Discurso de apertura

POR EL VICE-PRESIDENTE DEL ATENEO DOCTOR DON RUPERTO PEREZ  
MARTINEZ

Señoras y señores:

La expresión de lo bello, ya la realice el cincel de Fidias, la lira magestuosa de Homero, las ideales melodías de Bellini, los lienzos impercederos del divino Sanzio, ó la mística simbólica cúpula del templo cristiano, ha encontrado siempre en el alma de los hombres y de los pueblos, fibras preparadas á recojer con religioso entusiasmo esos efluvios del sentimiento estético, dulce licor del cielo, destinado á templar la dureza de los males terrenos.

Es que el corazón humano, impregnado por entero de esta vida, aspira sin cesar á una patria más perfecta, patria que sólo el arte sabe entrever, con ese sentido de lo bello, que forma su esencia.

Cóndor de las grandes alturas del alma, su vista penetra los secretos del ideal, para esparcirlos luego sobre las inteligencias en forma de nobles ideas y de levantados afectos, verdaderos gérmenes de civilización sobre la tierra.

No de otro modo tuvo lugar, señores, la génesis y el apogeo del esplendor helénico, que si marca su primera etapa con el esfuerzo de Prometeo, llega hasta aquel idioma, del cual ha dicho Alfredo de Musset:

Siempre vivo lo oirán todos los ámbitos,  
Lo aprendieron los mármoles, y nunca  
Los podrán olvidar durando tanto.

Iniciar, pues, al espíritu en las arrobaciones del arte, es civilizarlo, es preparar el reinado de lo bello y de lo bueno.

Lo bello! lo bueno! lirismo de una filosofía en decadencia, chocheos literarias, quizás exclame algun admirador de este mercantilismo que nos hiela!

Lo sé, señores.— Ese menosprecio por las cosas inmortales que han cubierto de gloria los más brillantes períodos de la historia, es el mal senil de nuestro siglo, y sobre todo, es el mal de su juventud.

Sin pensar con Miguel Cané, cuando asegura « que las ideas elevadas ya no encuentran eco en nuestra sociedad mercachiflada », creemos, no obstante, que es bien mezquina la hospitalidad de nuestros corazones á los ideales que deben agitarlos.

Pasamos demasiado el tiempo sobre el catecismo que hizo las delicias de aquella juventud francesa del año 30, que al decir de un escritor ilustre sólo conocía estas máximas por toda regla: « busca el oro que produce el placer y el placer que produce el oro, enriqueécete y goza »; máximas epicúreas y desercidas, cuya última consecuencia es la risa de Horacio sobre la tumba de Sardanápalo.

Y á fin de que nada falte á la aproximación que dejo señalada, como aquella juventud inútil, empezamos á sentir las seducciones de los pequeños Dolabelas! . . .

Merecido castigo del excepticismo de nuestras almas anhelosas de materialidad y sordas á la enseñanza de los tiempos!

Se me dirá que un estado de sociabilidad semejante, es transitorio y se explica por sus antecedentes en la evolución nacional? Es cierto.

La tradición de nuestra raza, chocea profundamente con este enervamiento de la vida, que sin ensueños, se arroja en el placer muelle y corruptor, con ese egoísmo que seca las flores del alma con esa servilidad que hace perder al hombre la mitad de su sér.

Los legendarios del año 17, como los héroes del año 25, fueron milicias de la virtud republicana, llenas de fé y de dignidad en medio de su miseria revolucionaria; fueron *la aurora que avanza* y no el sol que desmaya, el terror y no los lacayos de los déspotas.

Y contad, señores, que como esta página que tomo al azar de nuestra historia, cada loma y cada valle y cada rio de la patria, evoca una nueva leyenda, merecedora de eslabonarse á la que llamó el poeta « la leyenda de los siglos! »

Y junto á este mundo moral, una naturaleza que resucita todos los recuerdos de la Arcadia, por su cielo, por su luz, por sus brisas! . . .

El arte, pues, por todo lo que tiene de entusiasta y fecundo, late en nuestra vida social, elaborando sus destinos; y si sus manifestaciones y su culto languidecen un instante á nuestros ojos, porque les falta la consagración pública, creedlo, sólo será un instante,

que es lo que duran las privaciones del sol en los espacios, y de la razón en la tierra.

No otra misión, ni otra creencia ha representado y representa entre nosotros, señores, la institución que celebramos en su décimo sexto aniversario.

Lo dicen así, la índole y el alcance de su propaganda y de sus luchas y la amenidad de sus torneos.

¿Se duda de la eficacia de su obra al influjo de no sé qué diatribas exprimidos contra la tribuna de nuestro Centro, ora por las plumas mercenarias y á las veces por el fanatismo que nos azuza sus multitudes inconscientes?

Recórrase, entonces, la lista de los grandes nombres de este Ateneo, agrupados como el artista figuró á las « Niobides », unos muertos, los otros caídos, los demás dispersos!

Recordemos á Manuel Arredondo, aquel joven alto, pálido, de frente espaciosa y cabellos ensortijados como los de Antinoo; al obrero animoso de la primera hora, con un cerebro superabundante de esa savia que mata si no consigue desbordarse; al discípulo y al maestro de los que se señalaban entre su generación.

A Francisco Labandeira, el tribuno iluminado y tranquilo de la democracia, cayendo al pie de la urna electoral, como los hijos de Cornelia, con quienes se igualó por la enseñanza y el ejemplo.

A José P. Varela, que con la persistencia de la idea del Rey Lear, llevaba enclavado en el alma el pensamiento del filósofo: « *educar es redimir* ».

A José M. Vidal, que en tiempos más dignos de sus méritos, habría sido el Garnier Pagés de nuestros parlamentos.

Y sobre todos estos, porque reflejaba con más fidelidad las tendencias del Ateneo, á Prudencio Vazquez, la energía de la convicción y del carácter, de cuya juventud sorprendida por la muerte moreco decirse con Malherbe: « Perteneció á este mundo, en el que las cosas más bellas son las que peor destino alcanzan, y como era rosa, vivió lo que viven las rosas, sólo una mañana. »

Y si todos esos nombres, que son la historia viva de esta Sociedad, y otros que debo callar, no revelasen la influencia de nuestra institución sobre la vida moral de la República, me bastaría recordaros el más brillante y el más alto de sus testimonios. Oídlo:

El Ateneo, manteniéndose erguido en medio del derrumbe de nuestras libertades, no sólo fué ejemplo que salvó el honor nacional, sino que, al calor de su conducta, cobraron vigor y se desen-

volvieron noblemente los sentimientos de toda una generación, que sin eso regazo, hubiera tal vez manchado sus alas de luz, por el precio de los treinta dineros!

¿Qué otra agrupación entre nosotros ha perseguido objetivos más humanos y ha actuado con igual trascendencia sobre el sentido público? . . .

Sin embargo, señores, debo, necesito decirlo, precisamente hoy y en este sitio en que grandes cultores van á solemnizar la creación de nuestro Centro.

Falta á la tarea diaria del Ateneo y á sus festividades conmemorativas ó civilizadoras, el concurso activo de la mujer, y especialmente de la mujer artista, que conoce *la receta de la belleza*, como dice Pelletan, que lleva un ideal dentro del alma y lo sabe traducir en notas, en palabras ó en estrofas.

Sí.—La dinastía que ha llevado el cetro en los torneos del arte, no viene á gobernar entre nosotros. Su sitial está vacío!

Dígalo sino el programa de esta noche, que no rutila uno de esos nombres, que son á la vez educación y estímulo.

No quiero explicaros, ni explicaros las causas de semejante retraimiento.

Todos las conocemos.

Sólo una pregunta haré y responderé de paso, acerca de la deserción de la mujer á la vida del pensamiento entre nosotros.

¿Tiene *ella* (así la llamamos) en asociaciones como el Ateneo, una alta misión de cultura que desempeñar?

Ella tiene, señores, responde la filosofía de acuerdo con la historia.

Y la tiene, porque cada corazón de mujer es un ara consagrada á los ideales ensueños del amor y la belleza; el nido en que se incuban las doradas ilusiones que recorren la vida produciendo los factores de su perfeccionamiento; la recompensa y la emulación: la recompensa, en la sonrisa ó en el afecto codiciados; la emulación, en sus angélicos encantos, que se ofrecen como espejo á nuestras pasiones.

Así, los más remarcables progresos literarios y artísticos, han sido siempre los que se realizaron al soplo mágico de esas Egerias del espíritu de los siglos.

Los grandes géneos de la Grecia, que son el vestíbulo de su nombre inmortal, tienen su musa maravillosa, bien que impúdica

del corazón: —Diotima para Sócrates, Arquonasa para Platon y Aspacia para Pericles.

La tuvieron los tiempos del Renacimiento Español del siglo XV, representada por *La Latina*, por doña Luisa de Medrano y tantas otras, que traen á las academias y á las justas ibéricas, el espectáculo que ofrecía la mujer árabe en el seno de su genial civilización.

La tuvo Italia, en las descendientes de los Médicis y en la Leonor del Tasso.

Y pasando á tiempos más cercanos de los nuestros y al teatro en que con más energía se ha mostrado la influencia de que hago mérito, ¿quién podrá olvidar lo que fué al esplendor del siglo XVII, uno de los más luminosos de la Francia, el salón de la plaza Carroussel, el salón Rambouillet, así llamado por el título de nobleza de su fundadora?

Y bien — ¿qué constituía la gracia, el encanto, y cuántas veces la intuición, señores, de aquella constelación radiosa del génio, que con modestia se daban, los *delicados y los curiosos*?

¿Qué fuerza magnética tan intensa, hizo así gravitar hácia la casa de Catalina de Vivonne, á lo que la Francia de Luis XIV admiró en el teatro, en la filosofía, en la historia y aún en los dominios de la política?

¿Qué supo vencer la propia ó ingénita timidez de Racine, que dejando las sombras de su vida ignorada, acepta la mano que le tiende Molière para presentarlo en aquella antesala del honor y de la gloria?

Lo pudo una mujer, señores; una de esas mujeres que reúnen en torno suyo, lo que descuella por el corazón y por el talento durante el día de su reinado: lo pudo Mme. Sévigné; Mme. Sévigné, que después de haber interesado hasta la indiferencia del viejo Lafontaine y la vanidad casi real de Fouquet, se transforma en la solitaria *de las Rocas*, haciendo tras de sí el silencio, ya que no la muerte del arte.

Más tarde y bajo diferentes gobiernos se han reproducido en Francia tan saludables comuniones que fortalecen los espíritus y producen las grandes cosas: con la duquesa de Anville en la mitad del siglo XVIII, con Mme. Staël, Mme. Recamier y Delfina Gay en el siglo presente.

¿Qué mujeres, señores, aquellas, y qué influencia la suya sobre la época á que pertenecieron!

Pero, hay un nombre que necesito evocar en este instante para que preste valor á mis palabras.

Era el momento en que el pueblo del 89, después de decapitar en Luis XVI el principio de autoridad monárquica, empezaba á sentir la fiebre devoradora que lo precipitó en las matanzas de Setiembre.

El suelo ardía bajo sus plantas, y á lo lejos, allá en sus fronteras, se alzaba ronca la protesta de los tronos coaligados!

En medio á la exaltación de este momento supremo de la República, se destaca un grupo de hombres, que predica la templanza: su frente ilumina y sueña; ilumina con Buzot, sueña con Condorcet; su palabra electriza, electriza con toda la elocuencia de Vergniaud, y su corazón, ah! su corazón es el corazón de Madame Roland, de cuyos salones ha salido la sublime Gironda para tomar su sitio en el combate.

De aquí, señores, que el fin último de todo plan educativo tienda en nuestros días al acercamiento de lo que por error ha vivido separado; tienda á la comunión de los sexos en el sagrario de la inteligencia y del arte, como primer paso hácia lo que será en el porvenir la Patria Universal del espíritu humano.

¿Qué mucho, entonces, si notando el claro que deja la mujer en nuestras fiestas, repito, como excitación, mis anteriores palabras: su sitio está vacío!

.....

Mientras ese reinado no complete los esfuerzos generosos del Ateneo, y lo agregue todo el prestigio que es su obligado cortejo; campo y palmas á los cultores de lo bello, que así vienen esta noche á rememorar una de las fechas significativas de nuestros fastos literarios.

Queda abierto el acto.

## Las dos Primaveras

POR EL BACHILLER DON SAMUEL BLIXEN

Retorna ya la alegre primavera  
Con su cortejo de brillantes galas,  
Revestida con manto de colores,  
Y ceñida la frente  
Con guirnalda de flores;  
Por el batir de las pintadas alas  
De las aves canoras, dulcemente  
Arrullada en su marcha placentera,  
Y perfumada con el suave ambiente  
Que besa el cáliz de la flor primera.  
Todo vuelve á la vida:  
El labrador honrado,  
A la cansada tierra, adormecida,  
Despierta con los hierros del arado;  
Y con su fé sincera  
Ruega al cielo bendiga su jornada,  
Al echar la semilla  
Que ha de cambiar el sol en miés dorada.  
El fuego del estío  
Arranca al árbol el ropaje triste  
Que el invierno le diera,  
Y con adorno espléndido lo viste.  
Al beso del rocío  
Inclinánselo las ramas, agobiadas  
Por la fruta primera,  
De suave aroma y de color variado,  
Y con mil perfumadas  
Y nuevas flores se engalana el prado.  
El cielo de su túnica de nieblas  
Se desprende, y se cubre con el manto  
De los hermosos días;

Y el río, que cruzara  
El valle, turbulento,  
Sembrando la miseria y el espanto,  
En lucha continuada con el viento,  
La espuma de su rábida  
Ahora esconde, y tranquilo, sonriente,  
Retrata de los cielos  
El azulado puro y trasparente.  
Vuelven las aves de region remota,  
Y en las ramas floridas  
Tienden al sol sus alas ateridas,  
Mientras que en dulce nota  
De placer, al mirar tanta hermosura,  
Un canto entonan de cadencia suave:  
Un canto de ternura!  
Es un himno de amor, en que palpita  
El recuerdo feliz de otras regiones,  
Y en que cuentan al dulce compañero  
Que quedó rezagado,  
Sus varias impresiones,  
En aquellas comarcas  
En que reina el estío permanente,  
Y donde las montañas  
Esconden, orgullosas,  
Sus frentes en el cielo;  
Donde hay selvas hermosas  
Que cruzar no se pueden en un vuelo!

¡Cómo al alma, aterida  
Por el hastío del invierno triste,  
Halaga este espectáculo de vida!  
Y despertando en ella sentimientos  
Que en el sueño profundo  
De lo ignorado se miraran antes,  
De nuevos pensamientos  
¡Cuál le presenta, deslumbrante, un mundo!  
¡Cómo en el corazón enciende el fuego  
De la pasión furiosa,  
Y ardoroso, en los labios pone el ruego  
Que ha de escuchar la amada, ruborosa!

¡Cómo en la mente crece  
 Los felices ensueños de ventura,  
 Y da forma á la idea,  
 Y da vida al ideal de la hermosura!  
 El pecho juvenil se ensancha y goza,  
 Y el corazón se expande  
 Al ver llegar la primavera hermosa,  
 Porque la juventud y la florida  
 Estación de los lirios y claveles  
 Representan la aurora de la vida!  
 Hermanas son las dos, bellas son ámbas:  
 Simpatía secreta  
 Con lazo inquebrantable las sujeta.  
 Por eso cuando el aura  
 Trae un saludo del cercano estío,  
 Lo acoge entusiasmada  
 La juventud dichosa.  
 Es que sabe que sólo para ella,  
 Abre la noche el cáliz de la rosa,  
 Canta el ave feliz en la enramada,  
 Y se enciende en la bóveda la estrella;  
 É impresionada al ver tanta hermosura,  
 El alma juvenil y enamorada,  
 Siente vibrar en la suave brisa,  
 El nombre que ella adora;  
 En el sonriente cielo  
 Ve siempre retratada otra sonrisa;  
 Y en los astros brillantes, que en el velo  
 Enlutado, palpitan,  
 Cree ver los dulces ojos  
 Que al pecho enardecido dan enojos.

Yo, que al placer despierto y á la vida,  
 Yo, que en el pecho siento  
 Latir el corazón acelerado,  
 Libre cual ave que atraviesa el viento,  
 Me miro transformado  
 Al contemplar cuán bella, la Natura,  
 Se renueva, radiante de hermosura.  
 No me domina ya, letal tristeza,

Ni alberga el alma el ponzoñoso tedio  
 Que mata lentamente,  
 Ni el cansancio terrible de la idea  
 Llevo incrustado en la abatida frente!  
 Siento que, nuevo Fénix, de sus frías  
 Cenizas la ilusión renace hermosa,  
 Mi ilusión sonriente de otros días,  
 Que con sus alas de oro, esplendorosa,  
 En el pecho, despierta  
 La pasión por lo bello y por lo grande  
 Que largo tiempo contemplara muerta.  
 Mi loca fantasía,  
 De imágenes se puebla  
 Vaporosas, surgidas de la niebla  
 De la idea confusa;  
 Imágenes sonrientes  
 Bañadas en la suave luz difusa  
 De un crepúsculo hermoso;  
 Imágenes de rostro de querube,  
 Que me tienden la mano  
 Desde lo alto de su trono de oro,  
 Y me gritan: ¡Oh, sube!  
 Sube sin vacilar que yo te adoro!—  
 La gloria me habla y con la mano diestra  
 Me indica, allá á lo lejos,  
 Un albor encendido,  
 Que aumentando sus vívidos reflejos  
 Se extiende por el cielo,  
 Y con manto de luz desconocido  
 Viste al oscuro y enlutado velo.  
 — « Es la aurora del día de mañana!—  
 Es la aurora que avanza,  
 Y que lleva encarnado un pensamiento:  
 Lleva el germen de luz de la esperanza!—  
 ¡Es la luz que combate á las tinieblas!  
 ¡Es la luz redentora de la idea!  
 ¡Es la fuerza potente  
 Que lucha y vence, que destruye y crea!  
 ¿No percibes el himno  
 Que envuelve sus albores?

Es el himno entusiasta de los libros,  
 Es el himno que espanta á los señores!  
 La juventud lo entona:  
 La juventud ardiente  
 Que marcha decidida á la pelea,  
 Tranquilo el corazón, alta la frente!  
 Es ella, mensajera de la idea  
 De los siglos futuros,  
 La que va á la vanguardia  
 Del libre pensamiento,  
 Y con pasos seguros  
 Avanza, poderosa,  
 Y tremolando al viento  
 El estandarte de su fé gloriosa!  
 Vé á alistarte á su sombra,  
 Lucha por él con entusiasmo ardiente,  
 Y vuelve, que te aguardo  
 Con lauro vencedor para tu frente!»

— Tal me dico la gloria. — Ante mis ojos  
 Hace pasar legion esplendorosa  
 Que marcha al Porvenir entusiasmada,  
 Repitiendo gozosa  
 El himno que saluda á la alborada.  
 ¡La juventud! — Su fuerza incontrastable  
 Es cual la del torrente  
 Que, ciego, se despeña,  
 Desde imposible altura,  
 Y luego aterrador, furioso, hirviente,  
 Recorre, destruyendo, la llanura.  
 Si su furia salvaje  
 Se intenta sujetar con fuerte valla,  
 La rompo con sus olas,  
 Ó, rugidor, estalla.  
 Mas si prudente mano  
 Lo sabe encarrilar en un camino,  
 En el cual pueda, ufano,  
 Deslizarse con rápida corriente;  
 Será como arroyuelo  
 Que fertiliza el suelo,

Y que besa la orilla, mansamente. —  
 Y así la juventud. Nunca su paso  
 Debo ser por barreras detenido.  
 ¡Mirad que es suya la razón acaso!  
 ¡Mirad que suya casi siempre ha sido!  
 No debe con violencia comprimirse  
 La juvenil idea,  
 Ni provocarla á desigual combate;  
 Sabría, vencedora,  
 Romper sus hierros en furioso embate!  
 No hay que olvidar, que siempre generosa  
 La juventud se muestra,  
 Aun cuando cae en el error temido.  
 No hay que olvidar que es fuerte, aún desgraciada;  
 Ni que siempre ha vencido  
 O con la inteligencia ó con la espada!  
 No hay que olvidar, que siempre alienta en ella  
 La más pura esperanza,  
 Ni que si arrecia el huracán, la bella  
 Juventud es la aurora de bonanza!  
 No hay que olvidar, que con su grito ardiente,  
 De su profundo sueño ha despertado  
 Al pueblo adormecido,  
 Cuando, esclavo, dormía descuidado  
 Por hierros de tiranos oprimido.  
 Ha levantado la orgullosa frente  
 Radiante y magestuosa,  
 Y con el brazo armado, formidable  
 Ha entablado la lucha,  
 Ha abatido al tirano abominable,  
 Y de entusiasmo llena,  
 Su trono maldecido  
 Ha destrozado en la sangrienta arena!  
 Con ella está el triunfo: placentero  
 Con sus lauros la escuda,  
 Cuando marcha al combate por la Ciencia,  
 Cuando á la Patria con su sangre ayuda.  
 Y si fortuna vária  
 Al déspota sonríe,  
 Al mal protege con poder insano,

Y al bien oprime ciega, encarnizada,  
 Do la alma juventud es la victoria  
 En la lucha sangrienta  
 En la que el brazo despiadado hiera,  
 Porque siempre la gloria  
 La acompaña: si vence, vence honrada,  
 Si hay que morir, con entusiasmo muere!

Yo te saludo, Primavera hermosa!  
 Saludo tus encantos, tus colores,  
 Tus mansas aguas y tus bellas flores.  
 Te envió mi saludo  
 Envuelto en la efusion de mi alegría,  
 Al contemplar como reviven todas  
 Las fuerzas que agostadas viera un día.  
 Saludo en tí á la imágen  
 De aquella juventud que se levanta;  
 De la Ciencia la fiel sacerdotisa,  
 Y del Derecho escudo!  
 Del nuevo día á la feliz aurora  
 Que en cercano horizonte se divisa,  
 Y que mañana brotará en albores!—  
 — Estacion de las flores,  
 Juventud ardorosa, yo os saludo!

## El entresuelo y la boardilla

APÓLOGO

POR DON MANUEL DEL PALACIO

Tuvieron, como es uso entre vecinos,  
 ruda y formal contienda,  
 un entresuelo rico y elegante  
 y una boardilla estrecha.

— Miserable! gritaba el entresuelo  
 ¿sabes por qué gallean?  
 porque mi posición subir me impide  
 á cortarte la lengua.

Quien descubrir intento lo que vales  
 pregunte lo que cuestas,  
 ó de tus amadores oiga el coro  
 cuando de tí reniegan.

Infeliz! un abismo nos divide  
 no de varas, de leguas;  
 yo soy gentil, espléndido, lujoso,  
 tú pobre, sucia y fea.

Calla, pues, y de aquel que te sostiene  
 burlarte no pretendas,  
 que torres que se fundan en el viento  
 el viento se las lleva.

Sonó una carcajada en las alturas  
 alegre y desenvuelta,  
 y dijo la boardilla hácia la calle  
 sacando la cabeza:

— De imbéciles fué siempre darse tono;  
aprieta, chico, aprieta,  
que al fin naciste bajo y de tan bajo  
los tiros no me llegan.

Tú tendrás cuanto dices, no lo dudo,  
ruido, anchura, opulencia,  
yo en cambio, tengo luz, y la prefiero  
á todas tus grandezas.

Del alba en los magníficos celajes  
mi vista so embelesa,  
y el rayo de la luna me ilumina  
quo el Hacedor te niega.

Y cuando en flores pródiga y perfumes  
viene la primavera,  
en rededor do mí batiendo el ala  
los pájaros gorjean.

.....

¡ Santa resignacion! qué dulce harías  
del hombro la existencia,  
si á menudo no fueran tus andrajos  
disfraz de tu soberbia!

## Reminiscencias

POR EL DOCTOR DON LUIS MELIAN LAFINUR

Los sueños de mi vida  
Quo evoco en el presente,  
Llegan quejosos de su síno infiel,  
Cual nota dolorida  
Do un canto febriciente,  
Cual hoja desprendida  
Por huracan aleve, de un vergel!

Dispersos en la aurora,  
Dispersos en la tarde,  
Por la nocho se llegan hasta mí;  
Y en la callada hõra,  
Que sus secretos guarde  
De indiscrecion traidora,  
Me aduermen y acarician junto á sí.

Caudal do mi tristeza,  
Son míos y los quiero,  
Que traen ecos de un tiempo asaz mejor!  
¡ Cuánta delicadeza  
En su rumor ligero! . . .  
Son nube que atravicsa,  
Y al paso riega una marchita flor.

En mi niñez sencilla,  
Fueron lucero ardiente  
Que prometió alumbrar el porvenir.  
El astro ora no brilla,  
Paróse la corriente,  
¡ Qué rumbo la barquilla  
Sin impulso ni luz ha de seguir?

Los años se atropellan,  
Encienden mil pasiones:  
Del niño arrancan el genial candor;  
Luego en el hombre sellan  
Sus luchas y emociones,  
Y al rostro dan que huellan  
Los pálidos colores del dolor.

Dolor! fatal cadena!  
Sarcasmo de la vida!  
Fuerza es llovarlo remachada al pié!  
Y con la faz serena,  
Y con la frente erguida,  
Desmantelar la pena  
En lucha eterna con la extinta fe.

Del entusiasmo altivo  
La copa desbordante,  
En escogida sombra es de libar.  
Mientras del rayo estivo  
El fuego calcinante,  
Mantiene el verdor vivo  
De las hojas que el hielo ha de secar!

Descanso en el camino  
Me dispensó esa sombra.  
Hoy hojas secas ruedan sobre mí!  
Mudable es el destino,  
Lo teme quien lo nombra,  
Satánico ó divino,  
De mi llanto siempre árbitro lo ví.

Recuerdos inmortales  
De los primeros años,  
Una historia dichosa hagan volver,  
De ensueños virginales  
Sin cálculo ni engaños,  
Promesas ideales  
Que de su tumba quieren renacer.

Reminiscencia lenta,  
A veces el sosiego  
Perturba, del helado corazón.  
Como la luna argenta,  
Con su voluble riego  
De lumbre macilenta,  
Al follaje en su lánguida inacción.

Ven ya la más sublime  
Vision de mi ventura,  
Y tu espíritu esparce por doquier.  
Al corazón que gimo  
Con íntima dulzura  
De penas lo redimo,  
Tu memoria magnífica de ayer!

Qué día! . . . Entre cantares  
Del ánimo doliente,  
Una nota vibró en dulce laud!  
Aliento de azahares  
Embalsamó el ambiente!  
¿Qué dioses tutelares,  
En mi seno infiltraban su quietud?

La vírgen que creí sueño,  
Despierta á mi latido,  
Me dijo: ¿qué me quieres? aquí estoy,  
Su cántico halagüeño  
Hallóme sorprendido;  
No siendo de mi dueño,  
La dije: yo te busco, sí, yo soy.

¿Qué pudo darle? Nada! . . .  
Que nada mi alma entera,  
Fué para premio de su amor gentil!  
Gozosa y abnegada,  
Afan de gloria austera,  
De libertad sagrada,  
Estimuló en mi pecho juvenil.

Oh gloria! ritmo alado  
 Del triunfo. Eterna imágen  
 Que á mi patria un día diste tu esplendor.  
 De tu sitial dorado,  
 No veo que al suelo bajen  
 En coro alborozado,  
 Los nuevos mensajeros de tu honor.

¿Manos sutiles, leves,  
 Bordan la ejecutoria  
 De tu estandarte límpido y marcial?  
 No sé que inscrito lleves  
 En él, á la victoria,  
 Con rayos por relieves,  
 Los himnos de tu marcha colosal!

Oh! libertad querida,  
 Mi cívico delirio,  
 Do mi vida el constante frenosí!  
 ¿En la derrota hundida  
 No cesa tu martirio?  
 Ya sin laurel coñida  
 Se nubla el día de aclamarte así:

Salud á tu destino,  
 Honor á tus victorias,  
 Y flores á tu paso oh! libertad,  
 Alúmbrate el camino  
 Tu sol de insignes glorias,  
 Y en coro peregrino  
 Los pueblos cantan ya tu magestad!

Recuerdos de otros días,  
 Ensueños de otras horas,  
 Vienen de pronto á refrescar mi sien.  
 ¿Son nuevas alegrías?  
 Como algas incoloras  
 Que arrastran gotas frías,  
 Mis memorias traen lágrimas también!

Se lanza el ave al cielo,  
 Y al escalar las cimas,  
 Si sus alas rozó cierzo traidor,  
 Emprende rauda vuelo  
 A los ardientes climas,  
 Con el vivaz anhelo,  
 De calentar el nido de su amor.

Tal, torno á mi pasado,  
 Y en él siempre hallo escrito,  
 El poema feliz de lo que amó.  
 ¿Y nada hay olvidado?  
 Del dólmen de granito  
 Un signo indescifrado,  
 No quita su grandeza á lo que fuó.

## La gloria

POR EL DOCTOR DON PABLO DE-MARÍA

### I

De la Ciudad Eterna en las colinas,  
Un secular palacio se destaca,  
Y en él, envuelto en albas vestiduras,  
Puesta en la frente la radiosa tiara,  
En el nombre de Cristo, de aquel mártir  
Que fué de puro amor la imágen santa,  
Se alza absoluto rey, que altivo aspira  
A dominar en la conciencia humana.

Miradlo! — cual guardian torvo y severo  
De un pasado que piérdese en la nada,  
Arroja su anatema despiadado  
Contra toda victoria que se alcanza  
En el campo del libre pensamiento,  
En esa eterna ó incansable fragua  
En que se forja el rayo de la idea,  
Luz de la humanidad emancipada!

Miradlo! — el soplo del moderno espíritu,  
Como huracan que su furor desata,  
Ha barrido las sombras pavorosas  
Que el viejo oscurantismo derramara,  
Y cual si fuere un mágico conjuro  
Ha realizado la admirable hazaña  
De hacer que de un monton de tristes ruinas  
Por la planta extranjera profanadas,  
Se alzase una nacion grande y gloriosa.

Y de los restos de abatidas flámulas,  
Conjunto de girones esparcidos  
De las que enseñas fueron de una patria,  
Surgiese indivisible y magestuosa  
La tricolor bandera de la Italia;  
De esa musa gentil del arte bello;  
Cinzel que palpitante, la áurca estátua  
De la inmortal inspiracion modela;  
Lira gigante que los vuolos canta  
Del estro universal; — ardiente antorcha  
Quo ondas de luz eternamente irradia!

Mas ¿qué importa que crujan los cimientos  
En que el poder teocrático descansa?  
Ahí está siempre el viejo Vaticano,  
Llameante Sinai, excelsa cátedra,  
Desde la cual, sereno, *el Infalible*,  
De las naciones á la faz, exclama:  
Si es de otro ahora el reino de los cuerpos,  
Mio es siempre el imperio de las almas.

Y en medio de su corte deslumbrante,  
Bajo el dosel de oro y escarlata,  
Al arrullo de cánticos sagrados  
Que mézclanse al clamor de las campanas  
Para expresar lo eterno y lo infinito  
En armonía misteriosa y vaga;  
Envuelto entre las nubes del incienso,  
Cubierto de diamantes y esmeraldas,  
Se hiergue altivo, excelso, magestuoso,  
Y parece decir en su arrogancia:  
Yo que detengo el curso del progreso  
Y la ley dicto á la razon humana;  
Yo que me creo el árbitro infalible  
De la verdad y el bien; — yo, la montaña  
Que hoy resisto al oleaje embravecido  
De las nuevas ideas, y mañana  
Resistirá tambien; — yo que consigo  
Ver á mis piés, con humildad, postradas,  
Las innúmeras gentes que aún incólumes

La fé y el culto del pasado guardan ;  
 Yo que recibo adoracion ferviente  
 Que jamás recibió ningun monarca ;  
 Yo que puedo decir que en mis dominios  
 Nunca se pone el sol, pues mi autocracia  
 Súbditos tiene en la vetusta Europa,  
 Y en la virgínea tierra americana,  
 Y en las costas del Eúfrates y el Ganges,  
 Y en las ardientes sábanas del Africa ;  
 ¡ Yo soy la viva imágen de la gloria !  
 ¡ Mios son sus laureles y sus palmas !

Esto murmura el viejo Vaticano ;  
 ¡ Es falso ! — grita la conciencia humana.

Y ella dico verdad, porque la gloria  
 No es el aplauso, nó, que allá en su ergástula  
 Dá el siervo á su opresor ; — no el ciego culto  
 Que en las tinieblas al error se arranca,  
 Sino la aclamacion férvida y libre  
 Que la conciencia universal levanta  
 Ante una frente on quo se agita el génio  
 O ante una vida ontora consagrada  
 Al bien, á la verdad, á la justicia,  
 Esos faros quo en medio á las borrascas  
 Orientan al espíritu y lo envuelven  
 En el dulce arrebol de la esperanza !

Es á los que redimen á los pueblos  
 De la cadena vil de la ignorancia  
 Abriendo al pensamiento ámplios espacios  
 Para que tienda sus robustas alas ;  
 Es á esos sacerdotes que predicán  
 El amor y no el ódio y que levantan  
 El lábaro bendito del progreso  
 Diciendo al hombre redimido : ¡ marcha !  
 Es á esos, sí, á los que dá la gloria  
 Su ósculo ardiente y su preciada palma !

Aureola que en la altura centelleas,

Himno de melodías sobrehumanas,  
 Excelso pedestal que hasta las nubes  
 Como un gigante de granito te alzas,  
 Vencedora del tiempo, ¡ santa gloria !  
 Deja que ante tu altar exclamo ¡ hosanna !  
 Todo, todo lo puede el despotismo,  
 Menos robar tus lauros y tus palmas !

## II

Hay remedos de César en el mundo,  
 Hombres á quienes la fortuna rápida  
 Ha alzado del poder á las alturas,  
 Como el viento alza el polvo á la montaña ;  
 Miradles ! — comprimiendo con la fuerza  
 La expansion de la cívica arrogancia ;  
 Hollando bajo el casco de sus potros  
 El público derecho y la honra patria ;  
 Soberbios, y fastuosos, y embriagados  
 En la molicie del poder sin vallas ;  
 Viendo ante ellos rendirse respetuosas  
 Las refulgentes y guerreras armas  
 Que en otro tiempo, ante la ley augusta  
 Tan solo, reverentes se inclinaban ;  
 Al compás de las músicas marciales  
 Quo himnos de triunfo clamorosas cantan ;  
 Cubierto el pecho de doradas cruces,  
 Parecen murmurar allá en sus almas :  
 Nosotros que oprimimos á los pueblos  
 Postrados sin vigor á nuestras plantas ;  
 Nosotros que hemos puesto los caprichos  
 De nuestra voluntad, sobre las páginas  
 Del Código inmortal que en tiempo heróico  
 Los padres de la patria sancionaran ;  
 Nosotros que, halagado nuestro oido  
 Por la meliflua voz de la alabanza,  
 Apuramos la copa del deleite  
 Mientras la multitud vejeta y calla ;  
 Nosotros que ayer éramos pigmeos  
 Y gigantes hoy somos, porque lánguida

La cívica virtud ha descendido  
 Abajo del nivel de nuestra talla:  
 ¡Somos la viva imágen de la gloria!  
 ¡Nuestros son sus laureles y sus palmas!

Los remedos de César, esto dicen,  
 Mas ¡míentén!— grita la conciencia humana.  
 Y ella dice verdad, porque la gloria  
 Brilla, sí, en la hoja de la limpia espada,  
 Pero cuando esa espada se ha mellado  
 Destrozando cadenas, no forjándolas;  
 Cuando solo ha vibrado en la defensa  
 De la causa del pueblo sacrosanta  
 Y cuando, cual Lucrecia, la que supo  
 Salvar, muriendo, su honra inmaculada,  
 Está pronta á romperse en mil pedazos  
 Antes que herir el alma de la patria!

Es á los que la causa del derecho  
 Han abrazado ardientes y entusiastas;  
 Es á los que, sufriendo en el destierro,  
 O combatiendo en lucha fiera y diaria,  
 Desafiando serenos la miseria  
 O vertiendo su sangre en las batallas  
 Predican siempre, apóstoles austeros,  
 De la virtud las leyes venerandas;  
 Es á los que reaniman en los pueblos  
 El fuego del civismo, que no apagan  
 Ni el hálito del vicio prepotente  
 Ni de la fuerza las sangrientas armas;  
 Es á los que los cauces han abierto  
 Por donde, como rápida cascada,  
 Corre el puro raudal de las ideas  
 Hacia los mares de la ciencia humana;  
 Es á esos, sí, á los que dá la gloria  
 Su ósculo ardiente y su preciada palma!

Nimbo de luz que en alto contelleas,  
 Himno de melodías sobrehumanas,  
 Excelso pedestal quo hasta las nubes

Como un gigante de granito te alzas;  
 Vencedora del tiempo,— ¡santa gloria!  
 Deja que ante tu altar exclamo ¡hosanna!  
 Todo, todo lo puede el despotismo  
 Menos robar tus lauros y tus palmas!

Montevideo, Setiembre 11 de 1881.

## Ideales positivistas

POR EL DOCTOR DON MARTIN C. MARTINEZ

Un positivista hablando del ideal. *Positivamente* eso es una contradicción . . .

Ha entrado de moda, señores, un patriotismo barato, que consiste en ascender *in cátedra*, revestido de pontifical, para anatematizar al evolucionismo como doctrina corruptora que solivianta las bases de toda moral y seca las fuentes de la inspiración y el arte.

Las togas de armiño de estos novales censores se sienten más inchadas por el supuesto vicio doctrinario que por el vicio real; por eso una tentativa de soñar con ideales, será juzgada benévoluta como inconsecuencia burda por los que tienen averiguado o no se puede ser positivista de buena ley sin arrodillarse contra el becerro de oro, tentador, desgraciadamente, hasta de tujos y catones en estos pecaminosísimos tiempos que alcanzamos.

Molière ha descrito de mano maestra esta tendencia de todo sistema, batiendo en brecha á los pronósticos lúgubres.

El gran crítico, ¡quién no lo sabe! era enemigo acérrimo de los médicos y hasta agregaba ser hereditario en su familia el horror á galenos, en la que jamás, decía, había logrado penetrar uno. Os acordáis de aquel terrible doctor Pourgon, del *Enfermo imaginario*.

¡A la primera tentativa de insubordinación contra su método de emplastos y sangrías, el doctor lanzaba su terrible predicción: « pasareis de la bradipopsia á la dispepsia, de la dispepsia á la apepsia, de la apepsia á la disentería, de la disentería á la hidropesía y de la hidropesía á la locura y á la muerte. » Como lo dice un autor, ¿no están ya en el mismo caso los Sangrados de la ciencia moderna, que no pueden ver un progreso realizarse sin amenazarnos con caer del evolucionismo en el epicureismo, del epicureismo en el despotismo, del despotismo al liberticismo, del liberticismo al nihilismo y demás ismos?

Pero, por si todavía no les ha llegado esa hora, curémonos en

salud, como el enfermo imaginario; preguntémos si conservamos los instintos de la bestia, según se acaba de aplaudir estrepitosamente en seráfica asamblea; si el evolucionismo ha suplantado el precepto evangélico por un grito gutural, feroz, de canibal hambriento: comemos los unos á los otros.

Bello es, sin duda, como todo lo grandioso, ese Dios rodeado de nubes de oro, emanando esfluvios de luz, que crea los mundos por acto de su voluntad deliberada; — pero más bello que ese Dios, al que nada ha costado producir el Universo y que ha podido hacerlo mejor con solo quererlo, es sin duda esa gestación laboriosa del Cosmos que dura millones de años, cuyos elementos todos trabajan incesantemente, pasando de las nubes de vapores incandescentes á la solidificación de los astros, á la formación de las capas de la tierra por el sedimento elaborado en las ondas, agitado y recalentado por el fuego de los volcanes y los rayos del sol.

Bella es esa paternal solicitud con que el séptimo día el hombre es llamado á presidir la Creación; pero me inspira más admiración piadosa la lucha por la vida, el esfuerzo por el perfeccionamiento que en miríadas de siglos engendra desde la mónera hasta el hombre.

¡Qué madre ha sufrido ese dolor de los dolores en la gestación de su hijo predilecto; y qué vale la epopeya del Génesis ó el paraíso perdido, al lado de ese poema en que el Universo se debe á sí mismo el paraíso conquistado!

Bella es la figura de Hércules ó Tesco ejecutando por sí solos obras imposibles para los demás mortales; y aún comprendo la decepción sufrida la primera vez que la reflexión revola al niño que no hay tales seres prodigiosos, que la humanidad se ha complacido en no hacer justicia distributiva, acumulando en un hombre los méritos de todos sus contemporáneos.

Cuando contemplo á Mirabeau en la Constituyente, ó á Vergniaud en la cúspide de esa llanura histórica, mil voces más alta que la montaña, me siento tentado de atribuir á aquella pléyade ilustre todo el mérito de la revolución; y necesito hacer enérgico llamado á mis sentimientos de justicia por todos los hombres para reconocer su inmensa parte de honor á los que prepararon el movimiento, desde los grandes escritores del siglo XVIII hasta los expositores oscuros de Platon y Aristóteles, perdidos en las cátedras escolásticas del Renacimiento.

Como en el Cosmos ha sido suplantada la acción omnipotente

do un Dios por la accion lenta de todos los elementos, en los dominios de la sociedad el transformismo ha disminuido la importancia de los directores de su evolucion y debo comunicarles un sentimiento supremo de modestia en presencia de la limitada extension en que á ellos mismos les es dado modificar el curso de la historia.

La teoría no suprime nada de su grandeza á la humanidad: simplemente hace buena justicia revolando la importancia esencial, en la Creacion, de esos fenómenos pequeños que sólo hieren la imaginacion del sabio y que en definitiva esplican las condensaciones de los mundos, su gravitacion, la elaboracion de las especies; en la sociedad, la influencia de las masas del pueblo, condenadas por la historia á un eterno olvido en homenaje á los que han sintetizado sus esfuerzos y aspiraciones incesantes, — la influencia del maestro perdida en la soledad, del sacrificio de la madre en el hogar, del soldado en la polca, del obrero rendido de fatiga en la jornada sin nombre.

Yo no sé que esa exaltacion de la virtud modesta que sublima al hombre superior disminuyendo su inmenso orgullo y á la individualidad perdida en la multitud mostrándolo que es un agente de valor apreciable en el progreso social, pueda retardar á ningun corazon bien templado en la tarea, borrando de su espíritu la vision del ideal.

So nos dice que tal ó cual adepto se hace de la teoría un *modus vivendi*, menos aceptable sin duda que el admitido por el derecho de gentes.

Cuento al caso. Un sacerdote inglés, con esa loable constancia sajona, de la que tanta falta nos hace siquiera una porcion congrua, emprendió á lo sério evangelizar una tribu de gitanos. Para ello se adaptó á su modo de ser, que Montevideo ha tenido ocasion de ver que no es precisamente el más confortable ó higiénico posible, y hasta les tradujo la sagrada Escritura. — Los gitanos aceptaron con toda religiosidad el libro santo, y el pobre sacerdote comprendió recién que habia perdido tiempo y saliva cuando supo que lo llevaban como talisman precioso cuando se dirijían á robar.

Si hay positivistas que usen la doctrina como talisman, esos son gitanos del evangelio nuevo.

El gran Molière los ha donuciado tambien para siempre, y á la vez eximió de toda necesidad de vindicacion á las doctrinas explotadas. En adelante las pequeñas tartuferías de los que invoquen

una doctrina para dar color á la concupiscencia ó la glotonería, no necesitan de ningun Molière para ser puestas de relieve.

No es una conducta que se ajusta á una doctrina; es una doctrina que se violenta para justificar una conducta . . .

Su proceder es semejante (y va de cuentos de frailes), al de aquel piadoso benedictino que tentado por un apetitoso gallinácco en dia de cuaresma, salió de apuros con su conciencia bautizándolo previamente como pescado.

Si hay buen apetito que les aproveche; pero para eso no se necesita remontar el origen de las especies más allá del plato.

Pasemos otra vez de lo ridículo á lo grandioso.

Releía ha poco la preciosa tradicion de Mitro sobre un pobre negro del Ejército de los Andes que se hizo fusilar el dia de la traicion del Callao antes de arriar la bandera argentina, exclamando que prefería morir á ser traidor á la patria.

Arroja enseñanza más alta el martirio santo del oscuro centinela que todas las biografías de nuestros héroes, vacilantes los más sobre el porvenir de la América; porque Falucho encarnaba en ese momento la causa eficiente del triunfo, el entusiasmo y la fé del pueblo en la obra de su emancipacion.

Ahí está toda nuestra filosofía.

El evolucionismo se ha limitado á levantar á los pequeños, á ensalzar las virtudes modestas, á demostrar la influencia de las causas generales. Quizá ha aminorado la talla de los héroes, pero ha levantado la de los pueblos democratizando la historia al par de la naturaleza.

En su último precioso libro, Darwin ha demostrado cómo el humus de la tierra ha sido elaborado en el estómago de míseros gusanos; y la zoología nos enseña hace tiempo que las rocas más empinadas de los Alpes y las pirámides egipcias no son sino la acumulacion de carapachos de animales microscópicos.

Análoga demostracion hace la historia: los directores de la sociedad que soberbiamente protenden debérseles todo el progreso social, que desprecian la influencia de los sacrificios ignorados y tienen palabras de elogio altísimo para los héroes de parada, sólo son los intérpretes de la evolucion, cuando lo son.

La ascension al ideal resulta más difícil, porque debe ser la obra de la accion colectiva; pero si esa dificultad puedo quitar bríos á los que estiman en poco el bien cuando no es aparatoso, alienta á los servidores desinteresados del progreso, porque saben que toda ven-

taja obtenida, aunque pequeña y diminuta, es adquisición perdurable, y porque todo bien, según la palabra de un maestro, por pequeño que sea, vale la pena de ser hecho, sin lo cual el porvenir mismo de la humanidad nos sería indiferente, pues al cabo no es sino un átomo de un átomo invisible perdido entre los soles que pueblan la infinitud del espacio.

Puesto que del aniversario del Ateneo se trata, recordemos otra vez, para terminar, á nuestros muertos: el más ilustre de los que recordaba elocuentemente el señor Presidente, José P. Varela, nos demostró ya con su vida que los hábitos de templanza y de labor constante que el evolucionismo comunica á sus adeptos no amortiguan el ardor del combatiente, pues si á la luz de la doctrina nueva pudo medir cual ninguno la intensidad de los males de la patria, en ella cobró nuevo brío para luchar hasta el día de la muerte por elevarla á más gloriosos destinos.

### Mis cuatro edades

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA MERCEDES IGNACIA ROJAS, POETISA CHILENA

POR EL DOCTOR DON JOSÉ MARÍA SAMPER

« Tres edades tiene el hombre »

Un filósofo me dijo:

« La que *dice*, la que *muestra*,  
Y la *real* que *ha vivido*. »

(De los hombres habla sólo

Esto acertado acertijo;

Pues al tratar de las damas

Se corre el grave peligro

De punzar un abispeo

O de sondear un abismo).

Y yo, que al sabio dictámen

Del filósofo me oí,

Con una adición apenas

Para mí lo modifiqué;

Pues, como peço por franco

Y ni en sueños he mentado,

Los años que encima llevo

Jamás oculto ni siso,

Aunque, á la verdad me pesan

Como el Chimborazo mismo.

No tres — cuatro edades tengo

Que, por mi fé, certifico:

La que reza sin ambages

Mi partida de bautismo;

La que denuncia mi rostro,

Dónde los recios ventiscos

El polvo fueron dejando

De la nieve y del granizo;

La que, con mil amarguras

Mezcladas con regocijos  
*He vivido* en este mundo,  
 Ya dando pasos, ya brineos;  
 Y la que en el alma tengo  
 Como un secreto divino,  
 Que alegran las ilusiones  
 Y enardecen los peligros.

Es auténtico, Mercedes,  
 (Pues lo dico claro el libro  
 Del cura de mi parroquia)  
 Que soy... «del tiempo del ruido»  
 (Como llaman en mi tierra  
 Lo que data de abinicio),  
 Dado que nací en el año  
 De ochocientos... (qué martirio  
 Es confesar estas cosas,  
 Como si fueran delitos!)  
 Vamos! el valor agarro  
 A dos manos y... (quedito,  
 De modo que no lo sepa  
 Ni la brisa que respiro)  
 Te diré que ya en la nuca  
 Me pesan *cincuenta y cinco*,  
 (No me pesan, que me muerden  
 Y me tienen hecho un Cristo!)  
 Cincuenta y cinco?... qué afrenta  
 para un cantor Apolíneo!  
 Pero, en fin, he confesado  
 La verdad...; lo dicho, dicho.  
 Y de ello claro resulta  
 Que, aunque soy *hijo del siglo*,  
 Tanto con él he viajado  
 Que somos como hermanitos,  
 O que siendo el siglo viejo  
 Soy abuelo de mí mismo.

En cuanto á la edad que muestra  
 De mi rostro el pergamino,  
 Como á penas me conozco

Mal pudiera ser testigo.  
 Aún no asoman á mi frente  
 Las arrugas,— que son signo,  
 A veces, más que del tiempo,  
 De dolores y suplicios,  
 Cuando no de travesuras  
 Que el diablo anota en sus libros;  
 Y en mis mejillas que fueron  
 Las de un andaluz rollizo,  
 Ni se ven patas de gallo,  
 Ni verrugas, ni vestigios  
 De terribles calenturas,  
 Viruelas, ni reumatismos—  
 Pero ¡ay! dentro las quijadas  
 Qué de escombros ¡Jesucristo!  
 ¡Cuántas pretóritas muelas  
 No han salido ya de quicio,  
 Que de Itálica, Herculano  
 Y Pompeya son ludibrio!  
 Allí un tiempo trabajaron  
 Molares de cocodrilo,  
 Que trituraban manjares  
 Y viandas de todo guiso;  
 Y ora... ciclos! de pensarlo  
 Se me aviva el apetito!  
 (Pues, apetito platónico,  
 Solo mental, subjetivo,  
 Como el que sin herramientas  
 Natural, es permitido).  
 Y luego... en «éstas que un tiempo  
 Fueron»... con dolor lo digo!  
 Patillas y cabellera  
 Amplias y de rubios rizos,  
 ¡Cuánto la insolente escarcha  
 De los inviernos andinos  
 No ha puesto tristes sudarios  
 Con su aterrador armiño!...  
 Y qué mucho! ya que siempre  
 Quise ser un hombre eximio  
 Y coronarme de lauros

Cosechados en el Pindo,  
 Apenas voy obteniendo  
 La corona de Agustino  
 Que la navaja del Tiempo  
 Labra en mi cráneo ¡oh conflicto!  
 Y aquí... para mi capoto...  
 (Lo que acaso está mal dicho  
 Dado que con treinta grados  
 De calor aquesto escribo,  
 Y el capoto es importuno)  
 Lo demás de mi individuo  
 Me callo; pues la factura  
 De achaques con que me aflijo  
 Es tan prolija y variada,  
 Que si en contar me empecino  
 Los trabajos de mi cuerpo  
 Me llevarán á un hospicio.

Mi tercera edad, señora...  
 Temo asustaros si afirmo  
 La verdad; pero es lo cierto  
 Que he vivido... más de un siglo!  
 Si pensais que estoy de broma  
 Y los hechos falsifico,  
 Al canto daré las pruebas  
 Y vereis que nada finjo.  
 Vivir... es cosa muy grande:  
 No es vejetar como un indio,  
 Ni gastar años tras años  
 Sin objeto ni motivo,  
 Ni crecer como alcornoque,  
 Ni estorbar como un espino.  
 Vivir... es amar con fuego,  
 Con vehemencia, con delirio  
 Y esperar con indomable  
 Confianza en el destino!  
 Es trabajo sin descanso  
 Por el Bien salvando abismos  
 (Aunque el Bien se escape á veces  
 Entre sombras escondido),

Noche y día cavilando  
 En misterios y prodigios,  
 Con la mente descubriendo  
 Nuevos mundos infinitos,  
 Que brillan y se confunden  
 En engañoso espejismo!  
 Es andar perpétuamente  
 Tras un ideal divino,  
 Viendo que á cada momento  
 En el vasto laberinto  
 De la ilusión — entre brumas,  
 El astro que perseguimos  
 Huye, se vela, se pierde  
 Allá en recónditos limbos,  
 Y asoma otra vez más lejos,  
 Y en mundos desconocidos  
 Nos vuelve á mostrar la meta  
 Del eterno peregrino!...  
 Es navegar entro vientos  
 Contrarios, sin norte fijo;  
 Es hacer rudo viaje  
 Por incógnitos caminos,  
 Buscando el oscuro puerto  
 Del *porvenir*, como un mito,  
 Y hallando á veces, los trances  
 Del naufragio tan temido!  
 Es luchar... luchar sin tregua  
 Con el salvaje egoismo  
 De los hombres... ya cayendo  
 Sobre la arena del circo,  
 Con la frente ensangrentada  
 Y el corazón dolorido,  
 Ya alzándose de entre el polvo  
 Como un gladiador invicto,  
 Al poderoso y al fuerte  
 Desafiando de hito en hito;  
 Ya en las sienes la corona  
 De laurel llevando y mirto,  
 Ganada con mil dolores  
 Y tesoros de heroísmo!...

Es ofrendar á la patria  
 Sangre, vida, sacrificios,  
 Mostrándose ante la muerte  
 Como el ángel del peligro;  
 Es cantar como el poeta  
 Los secretos paraísos  
 De la esperanza y la gloria  
 Que son la luz de los siglos!  
 Es llorar propios dolores  
 Y ajenos, — en cada espino  
 De los senderos, dejando  
 Pedazos del alma vivos,  
 Que palpitan, aunque ocultos  
 Entre el polvo del olvido!...  
 Es reír con el encanto  
 Feliz de un cándido niño,  
 Y el gozo de los placeres  
 Sentir, casi enloquecido...  
 Eso es VIVIR! en combate  
 Con el mundo y sus caprichos,  
 Buscando á Dios en lo inmenso  
 De sus arcanos benditos!  
 Esto mi vida, Mercedes,  
 Desde muy temprano ha sido:  
 De cien derrotas y triunfos,  
 De tristezas y deliquios,  
 De supremas amarguras  
 Y de ensueños peregrinos;  
 Ya en las cumbres luminosas,  
 Ya en los hondos precipicios,  
 Bien que con la frente pura  
 Y el cuello indomable erguido,  
 Y con el alma repleta  
 De amor, de amor infinito!  
 Ved, señora, si me sobra  
 La razón para deciros  
 Que habiendo *vivido mucho*  
 He vivido más de *un siglo!*

Y al cabo á la cuarta llego,

La cuarta edad. Logogrifo  
 Ha de parecer sin duda,  
 Tras de lo que llevo escrito,  
 Mi afirmacion de que apenas  
 Voy *andando* en veinte y cinco  
 ¿Veinte y cinco?... Sí, señora!  
 Esos tengo y escasitos. —  
 Dónde? En la vida? En el rostro?  
 En la crisma del bautismo?  
 No tal! Los *tengo* en el alma,  
 Fresca como un tierno lirio;  
 En el corazon, que sueña  
 Como en un perpétuo idilio,  
 Cuando no bulle ardoroso  
 Como un volcan encendido;  
 Que con la fé candorosa  
 Del entusiasmo pristino,  
 Ama todo lo que es noble  
 Por su grandeza ó su brillo:  
 La libertad de los pueblos  
 Que engendra tantos prodigios;  
 La belleza, que del mundo  
 Es el encanto divino;  
 La potencia del ingenio,  
 Chispa que Dios en sus hijos  
 Prende para que fecunde  
 De la vida el fértil limo;  
 La Gloria, que es el resorte  
 Del génio y del heroismo;  
 La Ciencia, que los secretos  
 Sonda de inmensos abismos;  
 El arte, que la materia  
 Diviniza con su hechizo;  
 La Dulzura, que seduce  
 Con su profundo atractivo;  
 La Virtud, que vive solo  
 De nobleza y sacrificio!...  
 Y amar todo esto, señora,  
 Es llevar en lo más íntimo  
 Del alma, una primavera

Perpétua, un mundo florido;  
 Una juventud que nunca  
 Empañan dolor ni vicio;  
 Y un tesoro de ilusiones  
 Que ni el desengaño mismo  
 Puede mermar, silencioso,  
 Ni menos dejar extinto!  
 No es viejo quien peina canas  
 Ni cuenta largo período  
 De veranos y de otoños  
 Desgraciados ó propicios!  
 Es viejo el que tiene duro  
 Su corazón como un risco;  
 Que tiene la triste ciencia  
 Del dolo y el artificio;  
 Que lleva en el alma púas  
 Hirientes como un erizo;  
 Que con odios alimenta  
 Su sentimiento felino,  
 Y ve negros horizontes  
 Donde hay celajes purísimos!  
*Viejo* es quien la vida pasa  
 Forjando planes mezquinos,  
 Sin haber sentido nunca  
 Del amor el fuego vivo;  
 Quien ve en los hombres apenas,  
 En vez de hermanos queridos,  
 Instrumentos para el juego  
 De la ambición y el delito!  
 Yo con el amor me gozo;  
 Yo á lo grande culto rindo,  
 Y en alas de la esperanza  
 Doy el dolor al olvido!...  
 Con esto soy fortunado;  
 Con esto, señora, vivo;  
 Y con mis canas y todo  
*Me planto en los veinticinco!*

Santiago, Enero 19 de 1884.

## La vírgen de los últimos amores

POR EL SEÑOR DON LEONEL DE ALENCAR

All I ask, all I wish, is a tear.

(BYRON).

¡A tí, dulce y sublime criatura, —  
 Angel de castas alas, blanco lirio,  
 Que aún desatas la espléndida hermosura!  
 A tí, — las notas de un cariño santo, —  
 Grito del alma, — el postrimero canto.

Perdido en el desierto de mi vida,  
 Yo vagaba sin rumbo, á la ventura,  
 La existencia de tedio consumida.  
 De súbito surgiste en mi camino,  
 Traída por la mano del destino.

Dios quiso que en el fin de la jornada,  
 Mi corazón que inane se extinguía  
 Reviviera á la luz de tu mirada.  
 Y sin embargo tú siempre has dudado  
 Del amor que tú misma has inspirado.

Tienes razón. Jamás tu triste amigo,  
 En los momentos que pasó contigo,  
 Profanó tu inocencia angelical.  
 Absorto el corazón en tu belleza, —  
 El alma concentrada en su tristeza  
 Te calló siempre esta pasión letal.

Mas sabe al fin que con ardor te amaba, —  
 Que en tímido silencio te adoraba  
 Para no perturbar tu dulce calma.

Y aún en este adios esiremeccido  
Sólo suplico á Dios, sólo te pido,  
Un ligero recuerdo de tu alma.

Si puedo esta mi súplica postrera  
Merecer una lágrima siquiera  
De esos tus ojos de divina luz,—  
Para mi tumba triste y solitaria  
Sólo aspiro á una trémula plegaria,  
Tan pura como tú, junto á mi cruz.

Allí de hinojos, con tu blanco velo,  
Y los ojos alzados para el cielo,  
Como so vuelven hácia el sol las flores,  
Dirán al verte, que de un pecho yerto  
Allí brotó, cual mirto sobre un huerto,  
*La vírgen de los últimos amores.*

## En la escuela

IDILIO CASERO

POR DON MANUEL DEL PALACIO

— Atencion, mucha atencion,  
y pues presume de diestro  
haga usté, gruñó el maestro,  
esa multiplicacion. —  
Yo, fijo ante la pizarra,  
otra cosa no veía  
que el balcon donde subía  
retorciéndose una parra,  
y los tejados de enfrente  
en que alegres y parleros  
saludaban los jilgueros  
la primavera naciente.  
Absorta y embebecida  
mi imaginacion vagaba  
por el viento, en que sonaba  
música jamás oida;  
mientras volando en monton  
los pájaros atrevidos  
iban á dar distraidos  
en los hierros del balcon.  
— Vamos, niño, en su falsete  
murmuró el dómimo rudo,  
¿ lo dice usté, ó le sacudo?  
¿ qué son setenta por siete?

.....

Y yo, afrontando los daños,  
entre cálculos extraños  
pensaba en mis desvaríos...  
¡ los setenta son tus años,  
y los siete son los míos!

## Artigas

POR EL SEÑOR DON CÁRLOS GARET

Mesdames; messieurs:

En 1856, le Gouvernement Constitutionnel de don Gabriel Pereira décrétait des honneurs militaires à la mémoire du Général Artigas, dont les dépouilles mortelles exhumées du cimetière de l'Assomption avaient été transportées à Montévidéo l'année précédente. Il y a eu deux ans le 25 Aout dernier, le Gouvernement actuel posait la première pierre d'une statue au Général Artigas et le Sénat de la République votait par acclamation les fonds nécessaires à l'érection de ce monument. Sans avoir précisément des origines communes, ces deux Gouvernements se sont donc trouvés, à plus d'un quart de siècle d'intervalle, obéir au même sentiment, à la même idée, celle d'un hommage posthume à la mémoire de ce précurseur de la nationalité Orientale, à qui l'histoire à son tour devra rendre justice.

C'est de cette grande figure historique, messieurs, sans contredit la plus saisissante de toutes celles que présente votre histoire, que je vous demande la permission de vous entretenir aujourd'hui. Je n'ai pas la prétention de rappeler un à un des événements que vous connaissez tous beaucoup mieux que moi. Mon but est seulement de dégager la personnalité d'Artigas de toutes les préventions amassées contre elle, de le prendre tel qu'il était à l'époque où il entra dans la vie militante de son pays, tel que le firent les événements auxquels il prit une si large part. Cette grande mémoire, messieurs, je n'ai ni à l'augmenter ni à la réduire. Toute flatterie serait de ma part aussi maladroite qu'inutile. Mais que mon jugement soit ou non le vôtre, j'ai conscience que du moins mon impartialité ne vous sera pas suspecte.

Messieurs: à l'époque où Artigas parut en scène, les quelques villes qui existaient dans la province Orientale n'étaient, à proprement

parler, que des places fortes destinées à résister aux agressions du dehors et aux attaques des nombreuses tribus indigènes qui parcouraient encore ces vastes solitudes. L'assimilation de l'élément étranger y était difficile, pour ne pas dire impossible, sous un régime aussi étroit, aussi exclusif que l'était le régime colonial. Aussi la civilisation ne dépassait pas les villes dans l'enceinte desquelles se dressait cette forte organisation municipale, héritage de la métropole qui tout en exagérant l'esprit local devait rendre d'immenses services à la cause de l'émancipation. Au delà des villes la plaine coupée de forêts épaisses et de rivières, les horizons infinis, d'immenses troupeaux paissant en liberté dans des paturages communs, la maraude, le brigandage, la contrebande se donnant libre carrière avec les tributs énormes et les inquiétudes continuelles qui en étaient la conséquence.

Tel était, à grands traits, messieurs, l'aspect général de ces contrées quand commence le rôle immense d'Artigas. Nature ardente, indépendante et fière, rebelle à toute discipline, Artigas avait gagné de bonne heure cette popularité qui ne s'acquiert qu'en payant de sa personne. Est-il vrai qu'il fut le chef redouté des contrebandiers d'alors? Je ne saurais l'affirmer, mais je suis porté à le croire, puisque le Gouverneur de la Province lui confia le commandement d'une compagnie de gardes de la frontière, avec mission de réprimer les excès de la contrebande. Il n'est, dit-on, tel agent de police comme celui qui a eu des démêlés avec elle.

Qu'Artigas eut fait ou non pour son compte la contrebande, il connaissait, à coup sur, toutes les ruses du métier. Or ce n'était pas la contrebande telle que l'a faite la civilisation moderne, avec ses complicités et ses complaisances intéressées, mais bien l'image exacte de la guerre, avec ses embuscades, ses engagements meurtriers, ses exécutions sommaires. Artigas mit une telle énergie dans ses fonctions, qu'en quelques mois il rendit la tranquillité à la Province et la sécurité aux propriétaires. Plus tard, ceux-ci lui allouèrent comme récompense une somme relativement considérable à une époque où les services, même les plus pénibles, n'étaient pas rétribués avec la fastueuse libéralité de nos jours. Voilà donc Artigas au service du Gouvernement Espagnol, un peu malgré lui, je suppose. Aussi son altercation avec le brigadier Mucsas ne me semble pas être la véritable cause de sa défection. Elle n'en fut qu'une

le prétexte. Buenos Aires avait déjà eu ses journées de Mai. Artigas avait senti passer sur sa tête ce souffle de liberté qui après avoir fait craquer toutes les monarchies du vieux monde avait gagné le continent Sud-Américain. Comme tous les patriotes d'alors, Artigas pressentait l'avènement d'un monde nouveau.

Accueilli à bras ouverts à Buenos Aires, Artigas reçut mission de soulever la Bando Orientale. Il s'en acquitta si bien qu'en quelques semaines tout le pays était en armes. Artigas débuta par un coup de foudre, celui de las Piedras. Son prestige désormais fondé sur une victoire éclatante, il contribua aux opérations du siège de Montévidéo sous les ordres du Colonel Rondeau jusqu'au mois d'Octobre. À cette époque, des changements survenus à Buenos Aires amenèrent un armistice avec le Gouverneur Elio. Rondeau reçut ordre de lever le siège et de retourner à Buenos Aires. Artigas refusa de le suivre. Il remonta vers le nord, franchit l'Uruguay et alla camper sur l'autre rive avec un immense convoi de familles qu'on évaluait à 15 ou 16,000 personnes.

Il n'est pas de reproches qu'on ne lui ait adressés à cette occasion. Le fait était considéré d'abord comme un acte d'indiscipline. Puis cette agglomération de plusieurs milliers de personnes de tout âge et de tout sexe, vivant dans une promiscuité permanente pendant plusieurs mois, était un foyer de désordre et de corruption. Il y a lieu, messieurs, de faire la part de l'exagération. D'abord l'indiscipline se trouve perdue de son caractère si l'on songe que l'armée de Diego de Souza venait d'envahir la Province Orientale. Artigas voulait se tenir à portée des événements, harceler l'ennemi, faire le vide devant lui. Quant aux désordres, il est à supposer qu'il lui restait pour les réprimer un peu de cette énergie qu'il avait déployée contre les contrebandiers. Au surplus, cette émigration était plutôt volontaire que forcée, car il est inadmissible qu'une multitude aussi nombreuse eût été entraînée de force et maintenue de force dans un exil de plus d'un an, avec toutes les pénuries que cet exil entraînait.

L'année suivante, les événements de Buenos Aires amenèrent la reprise du siège de Montévidéo, toujours occupé par les royalistes. Sarratea, un des membres du Directoire, fut nommé Général en

chef et en cette qualité passa au camp d'Artigas où il fut reçu avec tous les égards dus à sa haute situation dans l'armée. Mais les divisions ne tardèrent pas à se produire, suscitées par toutes sortes d'intrigues. Un bataillon de milice provinciale créé par Artigas fut déclaré troupe nationale après la défection de son Commandant Ventura Vasquez. Artigas réclama de cette mesure; ne put obtenir justice et laissant Sarratea envoyer en avant le Colonel Rondeau, s'en alla camper sur les bords du Santa Lucia. Était-ce encore de l'indiscipline? C'est possible, mais le fait est qu'après la victoire du Cerrito, le 31 Décembre 1812, Rondeau se rangea de l'avis d'Artigas. Il écrivit à Sarratea que les opérations du siège réclamaient le concours du chef Oriental, que ce concours n'était acquis qu'à la condition formelle que lui, Sarratea, laisserait le commandement de l'armée. Or Rondeau n'était pas un chef de bandes. C'était un homme de haute valeur, tant au point de vue administratif qu'au point de vue militaire. Son caractère conciliant le mettait au dessus de tout soupçon de tremper dans une intrigue banale. Sarratea dut s'incliner devant l'avis de son subalterne et repartit pour Buenos Aires.

Artigas collabora aux opérations du siège pendant plusieurs mois. Déjà l'armée Portugaise avait évacué la Bando Orientale, Montévidéo était à la veille de capituler. Artigas l'indiscipliné, le fauteur de discordes jugea le moment venu de procéder à l'organisation de la Province.

Il convoqua une réunion dans son camp et fut élu Gouverneur militaire. En cette qualité, il désigna des fonctionnaires, des magistrats, des députés à l'Assemblée Constituante de Buenos Aires. Parmi eux, messieurs, se trouvait un homme dont on ne peut prononcer le nom qu'avec le plus grand respect, un savant et un apôtre, le prêtre Larrañaga. Les instructions que reçurent ces députés révélaient les tendances les plus libérales et les idées les plus avancées. D'abord l'indépendance de toutes les colonies Espagnoles, l'organisation municipale de chaque province avec un pacte qui les reliait entr'elles, le Gouvernement représentatif avec l'indépendance absolue des trois pouvoirs, la liberté civile et religieuse complète, enfin, les précautions à prendre pour que le despotisme militaire ne put jamais mettre en péril la souveraineté populaire. Chose étrange! messieurs, Artigas le chef de bandes, Artigas le barbare recomman-

dant aux députés d'entourer la souveraineté populaire de toutes les garanties constitutionnelles contre le militarisme! Artigas avait-il donc le pressentiment ou la vision de l'avenir?

Le Congrès de Buenos Aires refusa d'admettre dans son sein les députés Orientaux sous prétexte que leur élection était illégale. Que voulez-vous? messieurs. Le suffrage universel était alors comme aujourd'hui dans toute sa liberté d'action, l'élection des membres du Congrès était tellement exempte de tout grief d'invalidation, qu'il fallait une raison à ces scrupules. Mais la raison inavouée de cet interdit était plutôt dans l'article 19 des instructions, d'après lequel le siège du Gouvernement des provinces unies devait être ailleurs qu'à Buenos Aires. Déjà perçait cet antagonisme entre la politique exclusive, absorbante, égoïste de Buenos Aires et le régime de la fédération préconisé par Artigas, qui avait rendu son nom si populaire; antagonisme qui devait avoir de si douloureuses conséquences.

La fédération était l'objectif d'Artigas. Il la poursuivait avec la ténacité qui était le propre de son caractère. Il insista tellement auprès de Rondeau, que celui-ci finit par demander et par obtenir l'autorisation de procéder à une élection nouvelle. C'est alors qu'il réunit le Congrès du Miguelete, le premier essai d'organisation municipale, le premier acte de souveraineté populaire dans le pays. Le Congrès outrepassa sans doute son rôle en se donnant une autorité constituante, en assignant des limites à la Province, en nommant des députés au Congrès. Il exposa ses vues dans l'acte du 10 Décembre 1813. Artigas était alors à l'apogée de son influence. L'acte du 10 Décembre soutenu par lui, défendu par lui, eut fini par avoir raison des résistances de Buenos Aires, et la fédération, le rêve caressé d'Artigas, eut été établie de fait. La face des événements eut évidemment changé. Montévidéo eut été livré aux troupes provinciales au lieu de l'être aux troupes nationales, le Général Lecor n'y serait probablement jamais entré et les notables de la Province n'auraient pas eu à faire acte de docilité courtisane en acceptant le pacte d'incorporation de 1821.

A quel mobile, à quelles influences funestes obéit donc Artigas pour se mettre en contradiction avec les principes pour lesquels il avait combattu en méconnaissant la légalité du Congrès, en demandant sa dissolution, que Rondeau refusa avec une fermeté loua-

ble? Artigas commit une faute grave, irréparable, rendue plus grave encore, si c'est possible, en quittant le siège le 20 Janvier 1814, en se mettant en hostilité devant l'ennemi avec ceux qui jusqu'alors avaient fait cause commune avec lui. La fortune, qui n'aime ni les ingrats, ni les maladroits, ne daigna plus lui sourire. Moins de deux mois après, un décret de Posadas déclarait la Province Orientale incorporée de fait aux provinces unies avec un Gouverneur intérimaire nommé par le pouvoir central.

Les six années qui suivent ne sont pour Artigas qu'une série de luttes sans repos ni trêve. Dans sa province natale ou dans celles du littoral, Artigas tient haut et ferme son double drapeau, celui de l'indépendance provinciale et celui de la fédération. Il présente la trahison dissimulée des Directoires qui se succèdent et qui tout en traitant ostensiblement avec lui, préparent l'invasion étrangère. Les négociations secrètes du docteur Tagle, de Manuel José Garcia, de Nicolas Herrera ne lui sont ouvertement connues qu'en 1817 par les révélations des déportés de Baltimore, mais il a prévu l'invasion qui devait en être la conséquence et il a fait des efforts surhumains pour en arrêter la marche. Enfin, l'année fatale arrive. Traqué comme une bête fauve dans son repaire, Artigas part des Missions, prend des arrangements avec le Gouverneur de Corrientes, fond comme une avalanche sur la province d'Entre Rios à la rencontre de Ramirez, qui de son allié est devenu son adversaire, et dans les mois de Juin et Juillet 1820, il a avec lui presque chaque jour de ces engagements meurtriers, mêlés terribles à l'arme blanche, jusqu'à ce qu'à bout d'efforts et de ressources, impuissant contre la mauvaise fortune, il passe le Parana et va demander asile au dictateur du Paraguay!

Tel a été Artigas, messieurs; tel a été cet homme, mélange singulier de grandeur et de faiblesse, de ténacité, d'énergie presque surhumaine et d'inconséquence; cet homme sur lequel on a épuisé tout un vocabulaire d'injures. On l'a traité de barbare, d'ambitieux, de sauvage, de bandit, de sanguinaire, que sais-je? Tous les gros mots d'une rhétorique aussi passionnée quo partiala y ont passé!

Artigas était un barbare, soit! mais ce barbare avait inspiré et signé ces instructions d'Avril 1813, qu'un professeur de droit cons-

titutionnel n'eut pas désavouées. Mais en 1816, lorsque la politique exclusive de Buenos Aires amenait une anarchie générale, ce barbare fonda la première Bibliothèque publique à Montévidéo et en confiait la direction à son ami Larrañaga. Artigas était sanguinaire, il appliquait aux prisonniers de guerre l'implacable loi du *vae victis!* mais il laissait la vie et la liberté au baron de Hølenberg et autres prisonniers qu'il faisait escorter jusqu'à Mercedes par Mondragon, un de ceux qui avaient embrassé sa cause. Il laissait la vie au Général Viamonte, envoyé à Santa-Fé pour miner son influence et qui avait eu le tort de se laisser battre. Mais il répondait par un mot superbe, par un mot antique au Directoire de Buenos Aires, qui pour lui complaire, après avoir révoqué le décret de proscription lancé contre lui; après avoir laissé le Cabildo brûler par la main du bourreau la proclamation d'Alvear contre lui, lui envoyait sept prisonniers partisans d'Alvear pour qu'il se donnât la satisfaction de les immoler. La réponse d'Artigas était trop noble pour qu'elle ne fut pas dénaturée. Heureusement on a là dessus le témoignage du Commandant Diaz, qui pouvait dire *pars magna fui*, puisqu'il était au nombre des prisonniers. Or le témoignage du Commandant Diaz ne peut être suspect, même à des adversaires politiques, car ce Commandant, depuis Brigadier Général de la République, a donné dans sa longue carrière militaire des preuves non équivoques de dignité et d'indépendance.

Artigas était ambitieux, mais en 1812 il refusait le poste de Gouverneur d'une partie des Missions pour ne pas abandonner la cause de la révolution; mais en 1816 il refusait les offres des royalistes; en 1819 il rejetait avec une fierté indignée les propositions du Général Lecor, qui mettait le grade de Colonel dans l'armée Portugaise au prix de sa défection. Artigas apportait à l'évolution qu'il présentait pour son pays un élément dont il fallait tenir compte, ces masses indisciplinées, impatientes que lui seul, à cette époque, était capable d'entraîner ou de contenir. Artigas avait une passion qui dominait tout en lui, celle de l'indépendance de sa province natale; il avait une haine profonde, féroce, implacable, la haine sainte de l'étranger en armes dans son pays. Quel est celui d'entre nous qui oserait lui en faire un crime?

Même aux yeux de ses détracteurs les plus acharnés, la dernière partie de la vie d'Artigas a une grandeur singulière qui suffirait à

racheter bien des fautes, quelque chose de la splendeur paisible du soleil couchant qui fait oublier l'orage. On a fait un mérite au Dictateur Francia de lui avoir donné asile. Je n'ai pas à cet égard l'admiration aussi facile. Au lieu de s'honorer lui-même en faisant au héros malheureux l'accueil dont il était digne, le Dictateur Francia le reçut de fort mauvaise grâce, commença par disséminer les indiens qui lui étaient restés fidèles et qui auraient pu devenir un danger. Il l'enferma pendant trois mois au couvent de la Merced comme un lion en cage, il lui assigna, comme une humiliation, la pension de 32 \$, égale à sa solde de lieutenant dans l'armée Espagnole et le confina à Curuguaty, à 80 lieues de l'Assomption. Il lui laissait devant lui les déserts du Brésil et le mettait dans l'impossibilité de nuire. Artigas vécut encore trente ans, adonné aux travaux de l'agriculture, adoré des indiens dont il parlait la langue, à qui il trouvait moyen de rendre service, tout entier à ses souvenirs. C'est là que les larmes aux yeux, il reçut des mains de son ami Amédée Bompland, le premier exemplaire de la Constitution de la République. Son compagnon d'armes Ansina, presque centenaire comme lui, avait pour son ancien chef des tendresses maternelles et ce fut lui qui lui ferma les yeux: un pareil dévouement qui survit à tant de vicissitudes, de misère et d'infortunes, fait autant l'éloge de celui qui fut capable de le ressentir, que de celui qui sut l'inspirer.

Un mot encore, messieurs, et je finis. Laissez que s'élève la statue du Général Artigas. Ce n'est pas la seule que votre histoire vous donne le droit d'ériger sur vos places publiques, mais, à coup sur, elle doit être la première. Elle sera comme une protestation contre les théories de réincorporation aux provinces de la Plata.

Si le héros des grandes guerres revenait dans ce monde, il ne manquerait pas de vous dire: « Le rêve, auquel j'ai voué ma vie, le rêve pour lequel j'ai compromis mon nom devant la postérité, mon rêve à été dépassé. Je luttais pour l'indépendance provinciale. Grâce aux efforts de ceux qui s'inspirèrent de mon exemple, vous avez eu l'indépendance comme nation!

« Défendez-la donc cette indépendance, préservez-la des dangers du dedans comme des menaces du dehors, car elle coûte le sang, les trésors, les sacrifices de plusieurs générations! »

El importante discurso del señor don Carlos Garet no podía dejar de ser publicado en el idioma en que fué preparado y pronunciado, conservando así el colorido especial y el sello de la personalidad del orador, que contribuyó con él al brillo de la fiesta del Ateneo.

Para que los lectores que no poseen la lengua francesa puedan gozar de su lectura, especialmente interesante en momentos en que por circunstancias accidentales se ha puesto á la orden del día el asunto tratado por el señor Garet, hemos creído conveniente dar su version castellana, — que debemos á la pluma de uno de los más galanos de nuestro jóvenes literatos, traductor cuyo nombre necesitaríamos traducir á nuestra vez libremente de la lengua inglesa, puesto que se oculta con el pseudónimo de *King Charles*.

Iló aquí, pues, la traduccion del bello discurso del señor Garet:

## Artigas

POR EL SEÑOR DON CARLOS GARET

Señoras; señores:

En 1856, el Gobierno Constitucional de don Gabriel Pereira decretaba honores militares á la memoria del General Artigas, cuyos despojos mortales exhumados del cementerio de la Asuncion habían sido trasportados á Montevideo el año precedente: hicieron dos años el 25 de Agosto último, que el Gobierno actual colocaba la primera piedra de una estatua al General Artigas y el Senado de la República votaba por aclamacion los fondos necesarios para la creccion de ese monumento. Sin tener precisamente orígenes comunes, esos dos Gobiernos han coincidido, á más de un cuarto de siglo de intervalo, en obedecer al mismo sentimiento, á la misma idea: la de tributar un homenaje póstumo á la memoria del precursor de la nacionalidad Oriental, á quien la historia á su vez hará justicia.

Para hablaros de esa gran figura histórica, señores, sin disputa la más notable de todas las que presenta vuestra historia, es que os pido permiso para ocupar hoy vuestra atencion. No traigo la pretension de recordaros uno por uno los acontecimientos que todos conocis mejor que yo. Mi objeto es libertar á la personalidad de Artigas de todas las prevenciones acumuladas sobre ella, tomándolo tal cual era en la época en que entró á la vida militante en su país y tal cual lo hicieron los acontecimientos en que tomó tan amplia parte. Esa gran memoria, señores, no tengo que aumentarla ni que reducirla.

Toda adulacion de mi parte sería tan desacertada como inútil. Pero sea ó no mi juicio el vuestro, tengo conciencia de que mi imparcialidad no será sospechada.

Señores: en la época en que Artigas apareció en escena, las pocas villas que existían en la provincia Oriental no eran en realidad sino

plazas fuertes destinadas á resistir las agresiones del exterior y los ataques de las numerosas tribus indígenas que recorrían aún estas vastas soledades. La asimilacion del elemento extranjero era difícil, por no decir imposible, bajo un régimen tan estrecho y tan exclusivo como era el régimen colonial. Así es que la civilizacion no pasaba los límites de las ciudades, dentro de cuyos muros se erguía aquella fuerte organizacion municipal, herencia de la metrópoli, la que, exagerando el espíritu local, debía prestar inmensos servicios á la causa de la emancipacion. Fuera de las ciudades teniais la llanura cortada por rios y espesos bosques, los horizontes infinitos, inmensos rebaños pasciendo en libertad en los apriscos comunes, la depredacion, el latrocinio, el contrabando acrecido por los tributos enormes y las inquietudes continuas que eran su consecuencia.

Tal era, á grandes rasgos, el aspecto general de estas regiones cuando comenzó el rol inmenso de Artigas. Naturaleza ardiente, independiente y altiva, rebelde á toda disciplina, Artigas había conquistado temprano esa popularidad que no se adquiere sino al precio del sacrificio. ¿Es cierto que fué el jefe temido de los contrabandistas? Yo no podría afirmarlo, pero me veo llevado á creerlo, puesto que el Gobernador de la provincia le confió el comando de una compañía de guardias de frontera, con la mision de reprimir los excesos del contrabando. No hay, se dice, agente de policia como aquel que ha tenido que habérselas con ella.

Que hiciera ó nó el contrabando por su cuenta, lo cierto es que indudablemente conocía todos los ardides del oficio. Aquel no era el contrabando tal cual lo ha hecho la civilizacion moderna, con sus complicidades y sus complacencias interesadas, mas sí la imágen exacta de la guerra con sus emboscadas, sus encuentros mortíferos, sus ejecuciones sumarias. Artigas puso tal energía en sus funciones, que en algunos meses volvió la tranquilidad á la provincia y la seguridad á los propietarios. Mas tarde, éstos le asignaron como recompensa una suma relativamente considerable para una época en que los servicios, aún los más penosos, no eran retribuidos con la fastuosa liberalidad de nuestros dias. Hé ahí, pues, á Artigas al servicio del Gobierno Español, algo á pesar suyo, supongo. Así es que el altercado con el brigadier Muesas no me parece ser la verdadera causa de su defeccion. Ella solo fué el pretexto. Buenos Aires había tenido ya sus jornadas de Mayo. Ar-

tigas había sentido pasar por sobre su cabeza aquel soplo de libertad que despues de haber hecho bambolear á todas las monarquías del viejo mundo se había derramado por el Continente Sud-Americano. Como los patriotas de entonces, Artigas presentía el advenimiento de un nuevo mundo.

Acogido con los brazos abiertos en Buenos Aires, Artigas recibió la mision de agitar á la Banda Oriental. Tan acertadamente procedió, que en algunas semanas todo el país estaba en armas. Artigas se estrenó con un rayo, el de las Piedras. Con su prestigio ya fundado por una victoria espléndida, contribuyó á las operaciones del sitio de Montevideo bajo las órdenes del Coronel Rondeau, hasta el mes de Octubre. En esta época, acontecimientos ocurridos en Buenos Aires produjeron un armisticio con el Gobernador Elio. Rondeau recibió orden de levantar el sitio y volver á Buenos Aires. Artigas rehusó seguirlo. Subió hácia el Norte, atravesó el Uruguay y fué á acampar á la otra orilla con un inmenso convoy de familias, que se avaluaba en 15 ó 16,000 personas.

No hay reproche que no se le haya dirigido en esa ocasion. El hecho fué considerado primero como un acto de indisciplina. Despues se pretendía que aquella aglomeracion de varios millares de personas de toda edad y de todo sexo, viviendo en una promiscuidad permanente durante varios meses, era un foco de desorden y de corrupcion.

Hay lugar, señores, de hacer la parte de la exageracion. En cuanto á la indisciplina, pierde todo su carácter si se piensa que el ejército de Diego de Souza acababa de invadir á la Provincia Oriental. Artigas quería estar al alcance de los acontecimientos, perseguir sin descanso al enemigo, hacer el vacío á su alrededor. En cuanto á los desórdenes, hay que suponer que debía quedarle un poco de aquella energía que había sabido desplegar contra los contrabandistas. Además, aquella emigracion era más bien voluntaria que forzosa, porque es inadmisibile que una multitud tan numerosa hubiera sido arrastrada por fuerza y mantenida por fuerza en un destierro de cerca de un año, con todas las penurias que aquel acarrea.

Al año siguiente los acontecimientos de Buenos Aires trajeron el recommienzo del sitio de Montevideo, siempre ocupado por los realistas. Sarratea, uno de los miembros del Directorio, fué, nombrado General en jefe y en esta calidad pasó al campamento de Artigas, en el cual fué recibido con todos los miramientos debidos á su alta posición en el ejército. Pero las divisiones no tardaron en producirse, suscitadas por toda suerte de intrigas. Un batallón de milicias provinciales creado por Artigas fué declarado tropa nacional despues de la defección de su Comandante Ventura Vazquez. Artigas reclamó contra esa medida; no pudo obtener justicia y dejando á Sarratea mandar adelante al Coronel Rondeau, se fué á acampar á las márgenes del Santa Lucía. ¿Era también esto indisciplina? Es posible, pero el hecho es que despues de la victoria del Cerrito el 31 de Diciembre de 1812, Rondeau fué del parecer de Artigas. Escribió á Sarratea diciendo que las operaciones al sitio de Montevideo reclamaban el concurso del jefe oriental y que éste se obtendría sólo mediante que él, Sarratea, dejara el mando del ejército. Ahora bien, Rondeau no era un jefe de partidas. Era un hombre de alto mérito, tanto bajo el punto de vista administrativo, como bajo el punto de vista militar. Su carácter conciliador lo ponía por arriba de la sospecha de mezclarse en una intriga banal. Sarratea tuvo que inclinarse ante la opinión de un subalterno y volvió á partir para Buenos Aires.

Artigas colaboró en las operaciones del sitio durante varios meses. Cuando el ejército portugués había evacuado la Banda Oriental y Montevideo estaba en vísperas de capitular. Artigas, el indisciplinado, el fautor de discordias, croyó llegado el momento de proceder á la organización de la Provincia.

Convocó á una reunión en su campamento y fué elegido Gobernador militar. En esta calidad designó funcionarios, magistrados y diputados á la Asamblea Constituyente de Buenos Aires. Entre ellos, señores, se encontraba un hombre cuyo nombre no se puede por menos que pronunciar con respeto, era un sabio y un apóstol, era el padre Larrañaga. Las instrucciones que recibieron esos diputados revolaban las tendencias más liberales y las ideas más avanzadas. Recomendábaseles en ellas, ante todo, la independencia de todas las colonias españolas, la organización municipal de cada provincia con un pacto que las ligara entre ellas, el Gobierno re-

presentativo con la independencia absoluta de los tres Poderes, la libertad civil y religiosa completa, y en fin, tomar todas las precauciones para que el despotismo militar no pudiera poner jamás en peligro la soberanía popular. ¡Cosa extraña, señores; Artigas el Gefe de partidas, Artigas el bárbaro recomendando á los diputados que rodearan la soberanía popular de todas las garantías constitucionales contra el militarismo! ¿Tendría acaso Artigas el presentimiento ó la visión del porvenir?

El Congreso de Buenos Aires no quiso aceptar en su seno á los diputados Orientales, bajo pretexto de que su elección era ilegal. Qué queréis, señores, el sufragio universal estaba entonces, como hoy, en toda su libertad de acción, pero la elección de los miembros del Congreso estaba á tal punto exenta de todo motivo de invalidación, que era forzoso dar alguna razón á aquellos escrúpulos. Mas la razón inconfesada de aquel entredicho estaba en el artículo 19 de las instrucciones, según el cual el asiento del Gobierno de las Provincias Unidas debía estar en otra parte que en Buenos Aires. Ya despuntaba ese antagonismo entre la política exclusiva, absorbente, egoísta de Buenos Aires y el régimen de la federación preconizada por Artigas, que había hecho su nombre tan popular; antagonismo que debía tener tan dolorosas consecuencias.

La federación era el objetivo de Artigas. La perseguía con la tenacidad propia de su carácter. Insistió tanto acerca de Rondeau, que éste acabó por pedir y por obtener la autorización de una nueva elección. Fué entonces que se reunió el Congreso del Miguelote, el primer ensayo de organización municipal, el primer acto de soberanía en el país. Este Congreso ultrapasó sin duda su rol dándose una autoridad constituyente, asignando límites á la provincia y nombrando Diputados al Congreso. Expuso sus vistas en el acta del 10 de Diciembre de 1813. Artigas estaba entonces en el apogeo de su influencia. El acta del 10 de Diciembre sostenida por él y defendida por él, hubiera acabado por hacer ceder las resistencias de Buenos Aires, y la federación, el sueño acariciado por Artigas, hubiera quedado establecida de hecho. La faz de los acontecimientos hubiera sin duda cambiado. Montevideo hubiera sido entregado á las tropas provinciales en lugar de serlo á las tropas nacionales, el general Lecor probablemente no hubiera entrado, y los notables de la provincia no hubieran tonido que hacer

acto de docilidad cortesana aceptando el pacto de incorporacion de 1821.

¿A qué móvil, á qué influencias obedeció Artigas para ponerse en contradiccion con los principios por los cuales había combatido, desconociendo la legalidad del Congreso, pidiendo su disolucion, á la que Rondeau se negó con una firmeza digna de aplauso? Artigas cometió una falta grave, irremparable, tornada más grave aún, si es posible, abandonando el sitio el 20 de Enero de 1814 y poniéndose en hostilidad ante el enemigo con aquellos que hasta entonces habían hecho causa comun con él. La fortuna que no ama ni á los ingratos, ni á los desacortados, no se dignó ya sonreírlo más. Menos de dos meses despues, un decreto de Posadas declaraba á la Provincia Oriental incorporada de hecho á las Provincias Unidas, con un Gobernador intendente nombrado por el Poder central.

Los seis años que siguen fueron para Artigas una serie de lutas sin reposo ni tregua. En su Provincia natal ó en las del litoral, Artigas mantiene alto firme su doble bandera, la de la independencia provincial y la de la federacion. Presiente la traicion disimulada de los Directores que se suceden y que tratando ostensiblemente con él, preparan la invasion extranjera. Las negociaciones secretas del doctor Aguirre, de Manuel José García, de Nicolás Herrera no las conoce ni el Gobierno sino en 1817, por las revelaciones de los deportados á Baltimore, pero ha previsto la invasion que será su consecuencia y ha hecho esfuerzos sobrehumanos por contener su marcha. Al fin, el año fatal llega. Batido como una fiera en su madriguera, Artigas parte de las Misiones, establece arreglos con el Gobernador de Corrientes, cae como una avalancha sobre la Provincia de Entre-Rios al encuentro de Ramirez que de aliado suyo se ha tornado su adversario, y en el mes de Julio de 1820 tiene con él casi diariamente refriegas mortíferas al arma blanca, hasta que agotados todos los recursos, impotente contra la mala fortuna, pasa el Paraná y va á pedir asilo al Dictador del Paraguay!

Tal ha sido Artigas, señores; tal ha sido ese hombre, mezcla singular de grandeza y de debilidad, de tenacidad, de energía sobrehumana y de inconsecuencia; ese hombre, sobre el que se ha

agotado un vocabulario de injurias. Se lo ha tratado de bárbaro, de ambicioso, de salvaje, de bandido, de sanguinario, qué sé yo! ¡Todas las palabras insultantes de una retórica tan apasionada como parcial fueron agotadas!

Artigas era un bárbaro, sea! pero eso bárbaro había inspirado y firmado aquellas instrucciones de Abril de 1813, que un profesor de Derecho Constitucional no hubiera desaprobado. Pero en 1816, cuando la política exclusiva de Buenos Aires traía una anarquía general, aquel bárbaro fundaba la primera Biblioteca pública en Montevideo y confiaba su direccion á su amigo Larrañaga.

Artigas era sanguinario, aplicaba á los prisioneros de guerra la implacable ley del *vox victis!* pero dejaba la vida y la libertad al baron Hølemberg y otros prisioneros que hacía escoltar hasta Mercedes por Mondragon, uno de los que habían abrazado su causa. Dejaba la vida al General Viamont, enviado á Santa Fé para minar su influencia y que había cometido la falta de dejarse batir. Pero él respondía con una frase soberbia, con una frase antigua al Directorio de Buenos Aires, que por complacerle, despues de revocar el decreto de proscripcion lanzado contra él; despues de haber dejado al Cabildo quemar por la mano del verdugo la proclama de Alvear lanzada contra él, le mandaba siete prisioneros partidarios de Alvear para que se diera la satisfaccion de inmolarlos. La respuesta de Artigas era demasiado noble para que no fuera desnaturalizada. Felizmente se tiene acerca de ella el testimonio del Comandante Diaz, que podía decir *pars magna fui*, puesto que se contaba en el número de los prisioneros. Luego, pues, el testimonio del Comandante Diaz no puede ser sospechoso ni aún para los adversarios políticos, porque ese Comandante, despues Brigadier General de la República, ha dado en su larga carrera militar pruebas inequívocas de dignidad ó independencia.

Artigas era ambicioso, pero en 1812 rehusó el puesto de Gobernador de una parte de las Misiones por no abandonar la causa de la revolucion; pero en 1816 rehusó las ofertas de los realistas; y en 1819 rechazaba con altanera indignacion las proposiciones del General Lecor, que ponía el grado de Coronel en el ejército portugués al precio de su defeccion. Artigas conducía para la evolucion que presentía en su país un elemento que había que tener en cuenta, esas masas indisciplinadas, impacientes, que él sólo, en aquella época, era capaz de arrastrar y contener. Artigas tenía una pasion que

dominaba todo en él, la de la independencia de su provincia natal; tenía un odio profundo, feroz, implacable, el odio santo al extranjero en armas en su país. ¿Quién de nosotros se atrevería á hacerle de ello un crimen?

Aún á los ojos de sus detractores más encarnizados, la última parte de la vida de Artigas tiene una grandeza singular que bastaría para compensar muchas faltas, algo así como el esplendor apacible de un sol poniente que hace olvidar la tempestad. Se ha hecho un mérito al Dictador Francia por haberle dado asilo. En lugar de honrarse á sí mismo haciéndole al héroe desgraciado la acogida á que era merecedor, el Dictador Francia lo recibió de muy mal grado y comenzó á diseminar á los indios que le habían sido fieles y que habrían podido ser un peligro. Lo encerró durante tres meses en el Convento de la Merced, como á un leon que se enjaula, y le asignó como humillacion una pension de 32 \$, igual á su sueldo de teniente en el ejército español, confinándolo en Curuguaty, á 80 leguas de la Asuncion. Dejaba ante él los desiertos del Brasil y lo ponía en la imposibilidad de hacer mal. Artigas vivió aún treinta años, entregado á los trabajos de la agricultura, adorado por los indios, cuya lengua hablaba, á quienes prestaba servicios, y consagrado por entero á sus recuerdos. Fué allí que con los ojos arrasados en lágrimas recibió de las manos de su amigo Amadeo Bompland el primer ejemplar de la Constitucion de la República. Su compañero de armas Ansina, casi centenario como él, tenía para su antiguo jefe ternuras maternas y fué él quien le cerró los ojos: tal abnegacion, que sobrevive á todas las vicisitudes, miserias é infortunios, hace el elogio, tanto de aquel que supo sentirla como de aquel que supo inspirarla.

Una palabra aún, señores, y termino. Dejad que se levante la estatua al General Artigas. No es la única que vuestra historia os autoriza á elevar en vuestras plazas públicas, pero la de él indudablemente debe ser la primera. Ella será como una protesta contra las teorías de reincorporacion á las provincias del Plata.

Si el héroe de las grandes guerras volviera á este mundo, no dejaría de decirnos: «El sueño á que sacrificué mi vida, el sueño porque comprometí mi nombre ante la posteridad, mi sueño ha ha sido sobrepasado. Yo luchaba por la independencia provincial.

Gracias á los esfuerzos de los que se inspiraron en mi ejemplo, habeis tenido la independencia como nacion!

« ¡Defended, pues, esa independencia, preservadla de los peligros del interior como de las amenazas del exterior, porque cuesta la sangre, los tesoros de varias generaciones! »

## SUeltos

Como el presente número de los ANALES está exclusivamente dedicado á los materiales relativos á la tertulia literaria del aniversario del Ateneo, y en él debe tener cabida todo lo que con ésta se relaciona, damos á continuación las notas cambiadas entre la Junta Directiva y los señores Samper, Palacio y Alencar, á propósito de la valiosa participación de estos en aquella fiesta.

El interés de que estos documentos se conserven en los ANALES esplica su actual inserción, no obstante haber sido dados antes á la publicidad de la prensa diaria.

Hé aquí esas notas:

Junta Directiva del Ateneo del Uruguay.

Montevideo, Setiembre 15 de 1881.

Señor D. . . . .

La Junta Directiva del Ateneo del Uruguay me encarga presentar á Vd. los sentimientos de su aprecio, por la galante participación que se sirvió prestarle en la tertulia literario-musical del aniversario de su fundación; congratulándose á la vez por la merecida ovación con que la concurrencia acogió su presencia en aquel acto y las bellas é inspiradas estrofas de su poesía.

El Ateneo guardará entre sus mejores recuerdos el de aquella benévola atención de literato tan distinguido como el señor. . . .

Me es grato aprovechar este motivo para presentar á Vd. las seguridades de mi más alta estima.

JOSÉ SIENRA CARRANZA,  
Presidente.

*Rosalío Rodríguez,*  
Secretario.

Señor Presidente del Ateneo del Uruguay.

Presente.

Montevideo, Setiembre 17 de 1881.

Señor :

Tengo el honor de contestar á la muy atenta y benévola carta oficial de Vd., de fecha 15 del corriente, que recibí ayer, en la cual se han servido Vd. y el señor Secretario del Ateneo, en nombre de la Junta Directiva, darme las gracias en los términos más obligantes, por la participación que tuve, á invitación de Vd., en la reciente velada lírico-literaria del Ateneo.

Si por dicha participación el honor fué para mí mucho más que para el Ateneo, Centro tan ilustrado de una gran parte de la sociedad de Montevideo, notabilísima por su cultura y su carácter hospitalario y benévolo, es á mí á quien incumbe agradecer la galante invitación con que fui honrado. — Aseguro á Vd. que conservaré un gratísimo recuerdo de aquella velada, en la cual mi corazón de colombiano contrajo una deuda de gratitud para con la generosa sociedad de Montevideo.

Ofreciendo á Vds. mis más cumplidas consideraciones, me es grato suscribirme su muy atento S. y estimador.

JOSÉ M. SAMPER.

Señor Presidente del Ateneo del Uruguay, doctor don José Sierra Carranza.

Distinguido señor :

Tuve el honor de recibir la nota que Vd. se ha servido dirigirme el 15 del corriente, á nombre de la Junta Directiva del Ateneo del Uruguay, de que es el digno Presidente.

Grato á los conceptos inmerecidos con que Vd. recuerda mi presencia en la velada del aniversario de la fundación de tan brillante gremio de literatos, aseguro á Vd. que jamás olvidaré la acogida que me fué dispensada, la que no puedo atribuir sino á los benévulos sentimientos de la concurrencia que asistía al acto, y especialmente al prestigio de la asociación que me presentaba al público al lado de sus distinguidos hombres de letras.

La nota á que respondo confiéreme un verdadero título de nobleza. Así la estimo. Yo la guardaré como un diploma de honor que registra para mí la fecha de una nueva consagracion literaria, y á la vez como el acta solemne de la mayor de las generosidades del Ateneo.

Quiera Vd. aceptar, señor Presidente, mis protestas de sincera gratitud y alto aprecio.

Montevideo, Setiembre 19 de 1881.

LEONEL DE ALENCAR.

Señor doctor don José Sienra Carranza, Presidente del Ateneo del Uruguay.

Mi distinguido amigo:

Creo no tener muchas, y por lo mismo no vacilo en confesar mis debilidades. Recibí á su tiempo la comunicacion en que esa Sociedad me daba gracias por la parte que tuve la honra de tomar en su última velada literaria, pero como era yo el agradecido, y como además mis ocupaciones no me han dejado hace días un momento libre, descuidé la contestacion, y hasta, sin agravio de la verdad, juraría haberla olvidado.

Las faltas de memoria deben, sin embargo, suplirse con la voluntad, y cumple á la mia manifestar á Vd., si bien pidiéndole mil disculpas por el retraso, que el recuerdo de tal noche y de tal sociedad, figurará siempre entre los que me son más gratos, y que no me esquivaré la dicha de renovar satisfacciones semejantes, siempre que Vds. quieran obligar aún más mi gratitud dándome ocasion para ello.

Hágalo Vd. constar así oficial y particularmente en ese centro literario, del cual, como de Vd., se repite afmo. amigo.

S. S. Q. B. S. M.

MANUEL DEL PALACIO.

Montevideo, Setiembre 26 de 1881.

La Junta Directiva del Ateneo creyó deber manifestar su agradecimiento á los profesores de la Orquesta de *La Lira*, cuyo

gratuito concurso influyó tan notablemente en el resultado de la tertulia literario-musical.

Al efecto, y como el medio más apropiado, ha acordado ofrecer un diploma de honor á cada uno de dichos profesores, que hará constar durablemente el mérito contraído para con el Ateneo.

Damos á continuacion los nombres de los señores que han merecido esta honrosa distincion:

José Uguecioni, Augusto Domecq, Valentin Gandolfo, Luis Cremonesi, José P. Massera, Leopoldo Gandolfo, Manuel Silva, Vicente Gayraud, Italo Casella, Vicente Ardizzoni, Bassano Mazzucchi, José Trabucchi, Antonio Frank, Pedro Sansevè, Enrique Megnier, Cárlos Strazzarino, Teófilo Rossi, Amadeo Narbona, José Scala, José Orlandi, Francisco Sant-Angelo, Miguel D'Angelo, P. Scremini, J. García, D. Nicola, Antonio Bottaro, Alfonso Vizcaino, Ercolano Scuarza, Camilo Formentini.

Como lo decimos en la reseña de la tertulia literaria, es muy posible que el próximo aniversario del Ateneo se celebre en el edificio propio, cuya piedra fundamental será colocada en breve, hallándose ya en trabajo el plano que el ingeniero nacional señor Capurro ha tomado gratuita y solícitamente á su cargo, haciéndose acreedor á la mayor estimacion de esta Sociedad.

De capital importancia para el carácter y los objetos del Ateneo era que en su nueva organizacion entrase la fundacion de un Observatorio Astronómico,—y nos es sumamente grato poder anunciar que para tal efecto se contará con el hermoso telescopio que perteneció al señor Lettson, antiguo Ministro inglés en nuestro país.

Sabido es que ese telescopio, al ausentarse aquel diplomático, fué adquirido por una sociedad de personas amantes de la ciencia que se cotizaron para ello.

Segun las ofertas laudablemente hechas al Ateneo, quedarán en favor de éste todas las acciones de esa propiedad, antes de ahora separadas en poder de los miembros de aquella sociedad.

Deben consignarse en las páginas de los ANALES los documentos de esas donaciones que tanto honran á los donantes, y lo haremos así sucesivamente, segun se vayan recibiendo las notas respectivas.

Nos es agradable empezar con las que se leerán en seguida:

Montevideo, Setiembre 12 de 1881.

Cuando el señor Lettson trató de ausentarse del país, nos asociamos varias personas con el objeto de adquirir el gran telescopio de que dicho señor se servía para sus observaciones astronómicas.

Al proceder así, sólo me guiaba la idea de que ese instrumento quedara en el país, con el objeto de que pudiera ser utilizado más tarde por alguno de nuestros nacientes círculos científicos.

Teniendo conocimiento que en la nueva organización que se proyecta dar al Ateneo del Uruguay entra el propósito de crear un Observatorio Astronómico, para cuyo efecto cuentan ya con algunas acciones del telescopio indicado, — me es grato asociarme á tan grato pensamiento, poniendo á disposición de ese Centro la acción que poseo.

Aficionado á la astronomía, recibiría como un especial favor el acceso al Observatorio, en las condiciones que su Reglamento lo permita.

Con tales sentimientos, me es grato saludar al señor Presidente, haciendo votos por la prosperidad del Ateneo.

MARIANO FERREIRA.

Montevideo, Setiembre 19 de 1881.

Señor:

Tuve el honor de recibir y puse en conocimiento de la Junta Directiva la nota de Vd., en que se sirve hacer donación de la parte que le corresponde en la propiedad del telescopio que pertenecía á Mr. Lettson, acompañada de su respectivo comprobante, con su transferencia en favor del Ateneo.

La Junta Directiva me ha dado encargo de manifestar á Vd. en cuánto estima su valioso obsequio, que unido al de los otros señores accionistas, habilita al Ateneo con uno de los más indispensables elementos para la fundación del Observatorio Astronómico.

Al aceptar con el mayor reconocimiento su importante donativo, la Junta Directiva ha considerado que en todos los casos sería un deber del Ateneo el de abrir, no sólo á Vd., sino á toda persona que con Vd. fuese acompañada, el libre acceso del telescopio y al Observatorio en que él será colocado, lo mismo que á las demás reparticiones del Establecimiento; — de manera que pueda Vd. dar por aceptada, con esta ampliación, su indicación á ese respecto.

Agradeciendo al mismo tiempo los votos que hace Vd. por la prosperidad del Ateneo, me es grato saludarlo con mi más atenta consideración.

JOSÉ SIENRA CARRANZA,  
Presidente.

Rosalío Rodríguez,  
Secretario.

Los materiales de la tertulia literaria, á cuya inserción está dedicado este número de los ANALES, dejan libre un espacio que nos es agradable aprovechar con la publicación de la nota recibida de la Sociedad de *Amigos de la Educación Popular*, en contestación á la que lo dirigió la Junta Directiva del Ateneo.

Son instituciones que responden á comunes propósitos y que se deben y se prestan auxilio recíproco en sus tareas y en las manifestaciones de su adelanto.

El Ateneo no ha podido abrir el salón de sus sesiones á fiesta más simpática que la en él celebrada con el acto hermoso del Valedicto Escolar en que, ante un público distinguido, aparecieron los infantiles falanjes de los alumnos de la Escuela «Elbio Fernández» ejerciendo el derecho del voto para distribuir según sus propias inspiraciones la justicia de las recompensas merecidas por la moralidad en la conducta y por la contracción y la inteligencia de cada uno en la labor del estudio durante el año transcurrido. Es una reforma interesantísima que hace á los niños jueces los unos de los otros,—que dá á la apreciación de los méritos de los estudiantes la base de los testimonios más fidedignos, puesto que nadie tiene mejor que los mismos niños el conocimiento de su respectiva comportamiento en el aula y fuera de ella,—y que importa, por último, el ensayo de aquellas facultades de discernimiento y de independencia personal cuyo desarrollo es tan necesario en los que llegarán á ser ciudadanos de una República democrática gobernada según sus instituciones por el sufragio popular.

Nos felicitamos de que el Ateneo haya servido para la primera prueba solemne de esta novedad del régimen escolar adoptada por la Sociedad de *Amigos de la Educación Popular*, á cuya Comisión Directiva presentamos nuestros cordiales parabienes por su iniciativa y por su éxito.

---

Montevideo, Setiembre 30 de 1884.

Sr. Presidente de la Junta Directiva del Ateneo del Uruguay.

Señor :

El acto de deferencia y confraternidad del Ateneo del Uruguay facilitando á la Sociedad de *Amigos de la Educacion Popular* su salon de conferencias para celebrar en él la fiesta del Veredicto Escolar, ha permitido dar á esa fiesta, á la que asistió una concurrencia numerosa y distinguida, un brillo mayor, que sirve de estímulo á los alumnos de la Escuela «Elbio Fernandez».

La Sociedad de *Amigos* considera ese acto deferente del Ateneo como un vínculo más entre asociaciones que tienen por objetivo elevar el nivel moral é intelectual del pueblo.

La Comision Directiva se complace en manifestar á la del Ateneo su agradecimiento y saluda al señor Presidente de esa digna Comision con su consideracion más distinguida.

CARLOS M. DE PENA,  
Presidente.

*Domingo Aramburú,*  
Secretario.

---